



UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO
PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTAVOZ

ANTONIO AMAT MAÍZ

Un socialismo ni del
pasado ni del futuro
(1919-1979)

Antonio Rivera Blanco
Universidad del País Vasco, UPV/EHU

Guiridi

RAMÓN
RUBIAL
FUNDAZIOA

BIOGRAFÍAS SOCIALISTAS

ANTONIO AMAT MAÍZ.

**UN SOCIALISMO NI DEL PASADO NI DEL FUTURO
(1919-1979)**

ANTONIO RIVERA BLANCO

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO, UPV/EHU

Edita: Fundación Ramón Rubial/Ramón Rubial Fundazioa

Diseño portada: Voice Comunicación & Diseño

Imprime: Gráficas Ingugom, S.L.

Depósito Legal: LG BI 1677-2024

Contenido

Introducción	4
1.-Rebelde en una ciudad levítica	7
2.-A la cárcel	10
3.-“Guridi”	13
4.-Problemas con Toulouse	19
5.-La gran caída	26
6.-La “leyenda Amat”	30
7.-Radical en un partido de gobierno	38
Bibliografía	44

INTRODUCCIÓN

La década que va de mediados de los años cincuenta del siglo XX a mediados de los sesenta es una de las más difíciles de considerar cuando se aborda el tiempo de la dictadura. Encajada entre lo que hemos llamado primer y segundo franquismo, encierra en ella todo tipo de contradicciones, lo que le hace esquivar a una definición precisa. Si lo vemos desde la perspectiva del régimen, este pasó en ese tiempo un auténtico tobogán de situaciones: comenzó reincorporándose desde 1953 al concierto internacional después de años de aislamiento; llevó a su extremo la política de autarquía hasta colocar al país al borde del colapso; se vio forzado a abordar una liberalización económica que, a la postre, le proporcionó el mejor complemento, el desarrollismo industrialista, cuando en 1964 celebraba sus XXV Años de Paz; y conoció las primeras expresiones de una nueva oposición que surgía desde dentro y desde la nueva situación, tanto da que hablemos de los estudiantes universitarios de 1956 o luego de los obreros desde 1962 (o de parte de la Iglesia desde 1960). Para esa oposición antifranquista, la resistencia republicana había dado su último aliento en las huelgas y movimientos de 1951 en Barcelona, y después en sitios como el País Vasco y Navarra. A partir de ahí se fue abriendo un espacio diferente que encontraría su eclosión en el nuevo movimiento obrero surgido en los sesenta del proceso industrializador del país. Pero, entre medias, otros movimientos y cuestiones protagonizaron la disidencia frente al régimen. El principal de ellos fue el que encarnaron los universitarios, aquellos “hijos de los vencedores” que, tras casi dos décadas de dictadura, se resistían a seguir constreñidos y silenciados por ella. A la vez, los procedimientos conspirativos del periodo anterior a cargo de pequeñas fuerzas opositoras dentro y fuera de España, disputando y relacionándose entre ellas, y tratando de cobrar alguna relevancia ante los agentes internacionales, les permitieron hacerse visibles en Múnich en 1962 y frenar en parte un reconocimiento exterior del franquismo que, a poco, llevaba a este a ser incorporado al proceso de construcción económica y política europea (entonces el Mercado Común). Aquello fue un espejismo porque mostró la precaria entidad tanto de los opositores como de los franquistas en el plano internacional, y en absoluto marcaría el camino futuro para la transformación de la dictadura en una democracia.

Todo en ese tiempo, entonces, asistía a la desaparición de lo viejo y a la emergencia de algo nuevo todavía difícil de identificar por estar solo balbuceando su realidad. La oposición antifranquista, en su sentido más orgánico, vivió también un

periodo convulso y de incertidumbre. Por una parte, necesitaba cobrar más músculo en el momento en que el régimen parecía consolidarse dentro y fuera. De otra, se enfrentaba a un mecanismo represivo eficaz que, sin tener que llegar a la brutalidad de los años de postguerra, todavía ejecutó ejemplarmente en 1963 a disidentes como el comunista Grimaud o los anarquistas Delgado y Granados, reiterando la auténtica faz del franquismo. El temor al desmantelamiento de las precarias estructuras organizativas de partidos y sindicatos opositores fue constante entonces. Por último, la seguridad que encontraban estas organizaciones ubicando sus direcciones en el exterior les complicaba una lectura precisa de la situación del país, alejadas no solo físicamente de su realidad. El choque de visiones entre el interior y el exterior fue cada vez más evidente y motivo de disputas en el seno de los partidos.

De manera que ese decenio queda en una tierra de nadie y todo lo ocurrido entonces se envuelve en una bruma que no permite calibrar lo suficiente la importancia para el futuro de cuanto en ese tiempo pasó. La comunista italiana Rossana Rossanda lo definió como “un tiempo en el que vivir como confinados era vivir en condiciones de autenticidad”. Eso explica que los personajes que actuaron en esos años cobren una dimensión épica, mítica y un tanto irreal. Son resistentes heroicos, pero no está claro si en una valoración temporal resultaron eficientes para acortar los días de la dictadura. Tampoco es fácil determinar a partir de ellos y de su acción si fueron capaces de derribar las rutinas que apalancaron a sus direcciones políticas en la espera del momento en que esa dictadura acabara por consunción más que por derribo. Algunos lo intentaron, con discutible éxito, y algún ladrillo pusieron en el muro sobre el que luego se edificó el recambio y renovación de las formas de hacer política, las que resultaron eficaces a partir del tardofranquismo de los años setenta.

Un personaje singular en el contexto descrito fue el vitoriano Antonio Amat. Su acción se desarrolla precisamente en esos años inciertos y cambiantes, y su contribución fue determinante para alumbrar por dónde debía pasar la estrategia anti-franquista, por más que en su momento, como veremos, no tuviera el éxito que merecieron su convicción, dedicación y esfuerzo. Su recuerdo se disuelve en aquellas brumas del tiempo de “los hombres sin nombre”, dando lugar a una caracterización épica que merece, para ser rigurosos, su ubicación en el periodo histórico que le tocó vivir y protagonizar. Él solo se echó sobre sí la carga de hacer real la red de teóricos contactos locales del socialismo español para, poniéndolos en relación y animando su actividad, hacer que el PSOE fuera otro agente de importancia en la lucha contra la dictadura. En pocos años logró grandes éxitos en ese sentido y de un manotazo todo se vino abajo, porque así funcionaba entonces

la política y esas eran las posibilidades reales de quienes se arriesgaban a ella. Las páginas que siguen pretenden por eso reconocer y proyectar su gigantesca entrega, a la vez que contribuir a una biografía solo con lo que podemos afirmar que realmente pasó, que fue mucho.



De joven, en 1936, un retrato del Fondo Schommer Koch de Photoaraba (Diputación de Álava, ATHA-SCR-PC-013375)

1.-REBELDE EN UNA CIUDAD LEVÍTICA

Antonio María Sebastián Amat Maíz nació en Vitoria, un 18 de abril de 1919. Su domicilio habitual estuvo siempre en la calle Postas 34-2º, una vivienda enclavada en lo más céntrico de la ciudad, porque su familia pertenecía a esa clase media del moderno Ensanche decimonónico. Fue hijo único. Su padre era Eladio Amat Berriatua, un marino mercante portugués que no se hundió con su barco frente al puerto de Barcelona, como se ha escrito, sino que murió prosaicamente en la cama y en su momento (en 1951, de un fallo renal). Tampoco estuvo al servicio de la Marina del Gobierno Vasco, sino que, como tantos, se apuntó a la Milicia Ciudadana de retaguardia durante la Guerra Civil y al partido único de FET y de las JONS –aunque los informes le señalaban hasta tarde “más bien apolítico”-, del que en 1940 fue tesorero local. Se le recuerda como “hombre recto y duro con su hijo”. Por su parte, la madre, Carmen Maíz Alonso, era una piadosa mujer que vivió sus últimos años, hasta 1967, de las rentas familiares y de las ayudas de la dirección socialista en el exilio, a la que Antonio cuidaba constantemente y que defendió la implicación política de su hijo, aunque en absoluto coincidiera con sus ideas.

De sus años de juventud conocemos poco, pero suficiente para perfilar pronto su figura rebelde. Estudió en Marianistas, el centro por excelencia donde lo hacían los hijos de las clases medias locales e incluso las de un entorno más amplio. Se ha escrito que de allí fue expulsado por “disoluto, socialista, rojo y ateo”. Demasiados acreditativos para un joven todavía sin formar. Pero supongamos que algo hubo de todo eso. De allí saltó al Instituto vitoriano, el que estaba en el actual Parlamento Vasco, donde en el curso 1935-36 participó en la elaboración de una revista, *Estudiantina*, en la que se dedicaron poemas él y su compañero Rafael Gutiérrez Benito. Este, un poco más joven que Amat, “camisa vieja” falangista, sería por un tiempo –y con su mujer, Choni Fraile- el hombre fuerte del Movimiento, como subdelegado provincial, alternando cargos en el SEU (sindicato universitario) y en los sindicatos de la CNS, a la vez que ella lo hacía en la Sección Femenina. Gutiérrez se había relacionado antes con la FUE local –sección universitaria republicana, políticamente avanzada-, como lo hiciera Amat, conforme consta en el expediente informativo que se le instruyó a este a comienzos de 1944. Entonces recurrió a la buena estima que le tenía Gutiérrez para equilibrar los juicios adversos que le hicieron algunos de sus superiores en el Ejército. En todo caso, ni la FUE era nada en Vitoria, ni las edades de ambos suficientes, ni el contacto demasiado serio. Pero

todo ya marcaba ese tono inquieto y rebelde en el personaje, propio también de un tiempo que podía llevar a los jóvenes a la izquierda o a la derecha sin excesivo argumento. Su caso y el de su amigo Gutiérrez lo ilustra bien.

El golpe de Estado del 18 de julio de 1936 pilló al estudiante Antonio Amat en Vitoria. Se ha escrito que se sintió amenazado o que fue obligado a tomar aceite de ricino por parte de unos carlistas, pero lo único cierto es que decidió incorporarse a filas con los alzados, quizás para evitar males mayores. Es difícil confirmar todo eso. Amat tenía entonces diecisiete años recién cumplidos, no se tiene constancia de represión de retaguardia en Vitoria a gente tan joven y muchos de los que pudieron sentirse inseguros optaron en los primeros días por pasar al otro lado atravesando la sierra de Badaya o por esconderse como “topos” durante semanas hasta desvanecerse la amenaza.

Amat, aunque era del reemplazo de 1940, se incorporó voluntario como soldado de segunda en el Regimiento de Artillería de Montaña nº2, el 2 de octubre de 1936. En el curso de la guerra estuvo de campaña en el frente Norte, hasta la toma de Gijón, en el de Levante hasta terminar la contienda, y antes en Brunete. Allí fue herido de bala en el tobillo derecho, el 5 de octubre de 1937. Por todo ello recibió una medalla de campaña y tres cruces al mérito. En ese tiempo realizó en la Academia de Ávila los cursos para ascender a alférez provisional de Infantería, en junio de 1938, rango que tenía al final de la guerra en el Regimiento Mérida 35. En ese tiempo y después estudió Derecho –en ningún caso consta ni Medicina en Valladolid ni Marina Mercante, como también se ha escrito-, pero no terminó la carrera ni ejerció nunca la profesión; como le recordaba la Rossanda, era el abogado con menos aspecto de ello que había conocido, “el abogado no abogado”.

En enero de 1940 quedó como disponible forzoso y, cuando en 1943 se planteó regresar a la escala activa, fue sometido a una investigación para conocer su fidelidad política (como señalaba la Orden de 25 de mayo de 1938). En su expediente aparecen testimonios favorables y desfavorables, pero interesan estos segundos porque indican que el alférez no era de toda la confianza para los vencedores. Acumuló al menos tres sanciones por otras tantas faltas, sobre todo por llegar tarde al servicio, por embriaguez y escándalo –como cuando custodiaba presos en el campo de concentración de Miranda- o por actitudes “contrarias a la dignidad militar”. Sus mandos recomendaron entonces su baja del Ejército

“en atención a su mala conducta habitual e incorregible y el peligro que supone tener en el Ejército un Oficial que, desafecto que fue anteriormente a la Causa Nacional [“formando parte como miembro entusiasta de la F.U.E.”], se observa actualmente en el mismo que trata de sembrar en los demás, juntamente con la oposición al Mando, la idea de trastornar la formación espiritual en muchos soldados con una base ampliamente religiosa como corresponde a los fines de nuestra Cruzada”.

2.-A LA CÁRCEL

Esto pasaba en julio de 1944. En septiembre, Amat y otros republicanos vitorianos, como Sabino Ocamica, Vicente Miranda, Emilio Mena, José Martínez García de Albéniz y Damián García Bengoechea, se reunieron para organizar su paso a Francia y así “alistarse en las unidades subversivas militarmente organizadas, integradas por malos españoles y extranjeros indeseables, que han penetrado a través de la frontera franco-española, cometido desmanes y sostenido encuentros con el ejército nacional”, como consta en el pliego de acusaciones del Consejo de Guerra que se instruyó y celebró en su contra en Burgos en la Navidad de 1947 (sumarísimo 57-45). Con Amat y Ocamica al frente –que se habían conocido en el cuartel de Infantería vitoriano en 1942-, se hicieron con una motora que les pasaría a Francia. En enero de 1945 llegaron a Lequeitio y contrataron la “Mikel Deuna” de los hermanos Felipe y Jesús Aboitiz, por mediación de Manuel Badiola. Por seis mil pesetas les llevarían a San Juan de Luz. Después de algunas demoras por la climatología, la noticia de los preparativos se extendió más allá del círculo de implicados y todo terminó con la detención del grupo en Ondarroa, el día 19, a cargo de guardia civiles de ese puesto y de tres conocidos policías vitorianos (Bruno Ruiz de Apodaca, Cabezas y Viu). A Amat y a Miranda se les ocuparon sendas pistolas, y hubo algunos más encausados por relación personal menor que resultaron finalmente absueltos. De todos ellos, algunos ya habían sido procesados y condenados por participar en la guerra en el bando republicano, como Mena, Miranda, García Bengoechea y García de Albéniz, estando ahora en libertad provisional; Ocamica estaba entonces en el Ejército, por lo que cayó sobre él pena añadida por desertión. De Amat se recordaba en el sumario su paso por el Ejército sublevado como oficial y sus tres correctivos sufridos por otras tantas faltas leves. La sentencia para él fue de seis años de prisión (y separación del servicio) por conspiración a la rebelión militar y dos años y cuatro meses de prisión menor por tenencia ilícita de armas. Los demás tuvieron castigos menores.

Lo curioso es que entre mediados de octubre y el día de Navidad de 1944 Amat había estado recluido en la cárcel vitoriana con su amigo el médico Carlos M^a Sopena y hasta otros once implicados en actividades subversivas –ayuda a los presos-, como Vicente Miranda o Rufino Ochoa; luego quedaron en arresto domiciliario por falta de pruebas. Estaban a un tiempo controlados por la policía o incluso en prisión, mientras desarrollaban preparativos de cierto fuste tratando de incorporarse a la Resistencia francesa cuando los nazis tuvieron que abandonar la región de Aquitania presionados por los Aliados.

Ciertamente, una existencia azarosa, unas decisiones extremas de los personajes –de la tranquilidad del servicio militar al riesgo de la conspiración sediciosa- y un permanente estado de excitación política. Veremos repetido este esquema vital más adelante.

El 24 de enero de 1945 Amat ingresó en prisión junto con los principales encartados en la fuga frustrada de Lequeitio. La sentencia le obligaba a estar allí hasta mayo de 1953. El 24 de septiembre de 1945 se puso al frente de un motín en la cárcel vitoriana de la calle La Paz, a pocos pasos de su domicilio. Pedro Barroso Segovia, un maquis comunista detenido a finales del año anterior, debía ser ejecutado, pero al coincidir con la patrona de las prisiones, la Virgen de la Merced, se suspendió el acto. Un cambio de planes de las autoridades instando a la ejecución provocó al más del centenar de presos políticos que sumaban al menos los de Lequeitio, los relacionados con esa caída del maquis y otro grupo donde se mezclaban comunistas y anarquistas. Se dieron gritos, insultos y golpes, y Amat fue sancionado por insubordinación a tres meses de aislamiento en celda y cuatro sin comunicación alguna con el exterior. Un mes después fue castigado con otros dos meses de aislamiento y ayuno a pan y agua por indisciplina, y todavía en marzo de 1947, de nuevo por lo mismo, penó otro mes en celda de castigo.

Sin embargo, a partir de 1948 la conducta del preso cambió, al punto de solicitar Amat y alguno de sus compañeros plazas de auxiliar de botiquín u otros servicios para redimir condena, y en enero de 1950 inició los trámites para solicitar el indulto por cumplimiento de tres cuartas partes de esta y los beneficios de indultos generales decretados por el régimen, como el de diciembre de 1949. Su padre Eladio se presentó como fiador y Amat se aprestó a conseguir sucesivos informes de buena conducta carcelaria, de manera que tres años antes de lo previsto, entre abril y junio de 1950 –las fechas no aclaran si era la orden de libertad o la salida efectiva de prisión-, pudo volver a su domicilio de Postas 34.

Lo que ocurrió en esos tres años posteriores a abandonar la cárcel es asunto principal a la vez que borroso, al no disponerse de fuentes del todo fiables. Es importante porque esos contactos explican su determinante decisión de 1953. Recobró una vez en libertad su relación con su entorno socialista y republicano. Los primeros eran entonces un grupo muy reducido donde estaban su primo Miguel Anitua, el maestro Martínez García de Albéniz, el ex teniente Mena, el viejo ferroviario Nicolás Martínez Barahona, Nicolás Edroso, antaño concejal de Sestao que se instaló en Vitoria en 1942 tras salir de la cárcel, el tabernero Fermín Aguiriano y sus hijos y sobrino José Antonio, Luis Alberto y José Ramón, que se fueron incorporando

desde jóvenes a la acción clandestina (y después otros, como Luis M^a Rama y Fernando Cruzado Leunda), y unos pocos veteranos como Constantino Herrero y Cecilio Ortiz de Apodaca. Su actividad se limitaba a las ayudas a sus presos y a distribuir alguna propaganda y prensa (*El Socialista, Unión*) entre los obreros de las fábricas y talleres tradicionales (Ajuria, Sierras Alavesas, Aranzabal...). Martínez Barahona, por ejemplo, participó en la huelga de la primera semana de mayo de 1951 y hubo de escapar de la represión ocultándose hasta septiembre entre Bilbao y Palencia; en ese tiempo, Amat le proporcionaba noticias sobre la situación de Vitoria.

El socialismo alavés había sido más influyente en la coalición local republicana que numeroso. El partido a duras penas superó el medio centenar de afiliados en la República -65 en 1932-, aunque la UGT sí que llegó a contar con unos mil seiscientos en su momento óptimo, antes de octubre de 1934. Sin embargo, la represión franquista se cobró un elevado precio entre un sector político tan limitado: de los tres concejales vitorianos, dos fueron asesinados y el tercero falleció a poco de salir de la cárcel, otro tanto pasó con los dos ediles de Elciego y también fue muerto un diputado provincial. En total fueron quince los socialistas asesinados, a los que hay que sumar al menos otra decena de ugetistas y un número importante de condenados a prisión, a penas de muerte finalmente conmutadas o a sanciones económicas.

Amat no estuvo mucho tiempo en la cárcel de Burgos –solo durante el Consejo de guerra y unas semanas antes-, por lo que es difícil que allí contactara con presos socialistas. Es más probable que lo hiciera a partir de su núcleo local y en diversos viajes a Madrid, donde siguió con sus estudios, o a Vizcaya (se señala Erandio), donde sí conectaría con sus futuros correligionarios. Se afirma, sin más concreción, que estuvo la primera semana de octubre de 1951 detenido en Huesca –otras fuentes hablan de una prisión aquí de varios meses-, desterrado o domiciliado algún tiempo en la capital de España e incluso instalado en Vera de Bidasoa, donde pudo entrar en contacto con los *mugalaris* (pasadores de frontera) de la zona.



En las fiestas de La Blanca de 1964, con Luis M^a Rama, Luis Alberto Aguiriano y José Ramón Aguiriano (Luis Avinareta, Una ciudad 'Vitoria'...)

3.- “GURIDI”

El caso es que, en el verano de 1953, a instancia de Juan Iglesias “El Manco”, Amat fue encargado por este de reconstruir con efectividad operativa la lista de contactos de posibles afiliados que manejaba el PSOE. Iglesias había sido enviado a España para valorar la situación y ver cómo podía reorganizarse la estructura del partido dentro del país tras la nueva caída de su Ejecutiva, en este caso después de la muerte en la Dirección General de Seguridad (DGS) de su máximo responsable en el interior, Tomás Centeno, en febrero de ese año. En su futura declaración ante la policía, Amat señaló que fue en “El Bocho”, en la taberna que regentaba Edroso, donde se produjo la decisiva reunión, y que Barahona les habría presentado, lo que cuestiona la entidad de los contactos personales previos de Amat.

Al Vº Congreso de la UGT en el exilio, celebrado en los últimos días de noviembre de ese año, se acercaron Edroso y Amat para que este último conociera en la sede de Toulouse a Rodolfo Llopis, quien, con otros como Pascual Tomás, gobernó el PSOE desde su reconstrucción en 1944 hasta 1972 (y la UGT desde 1956 hasta 1971). El primer encargo para Amat fue comprobar *in situ* la dificultad de establecer una nueva dirección en Madrid, coordinadora de la afiliación en España y a la vez representante ante otros organismos de la oposición. Las continuas caídas –solo entre 1945 y 1953 fueron encarceladas cinco Ejecutivas-, la nula confianza que reportaba Juan Manuel Ferraz Castán (más conocido como “José María Fernández”) para hacerse cargo de la dirección (enfrentado a otra posible de Teodomiro Menéndez) y la desafección de federaciones como la asturiana le confirmaron a Amat en el juicio previo de que la mejor manera de mantener viva la organización entonces era disponer una única Ejecutiva en el exterior, en el exilio. En abril de 1954 las direcciones en Toulouse del partido y del sindicato tomaron esa decisión, y la ratificaron congresualmente en el verano siguiente.

La consecuencia inmediata era que el Exilio –Toulouse y Llopis- necesitaba un enlace con el interior, que además articulara la relación de todos los núcleos y contactos. El temor del exterior fue siempre que el enlace se convirtiera en organizador, que la simple tarea relacional se transformara en otra de mayor entidad y que, a la postre, esta exigiera, como pasó, de otro tratamiento. Buscaban un buzón, un mensajero, nada más. Tan pronto como en abril de 1954 se le advirtió a Amat de que no cayera en la tentación: “los servicios de enlace no pueden rebasar la función que les concierne pretendiendo convertirse en órganos directivos”. Pero conforme empezó a actuar el vitoriano los diversos núcleos relacionados preferían mantener el

contacto a través suyo y desde ahí vincularse entre ellos conformando una entidad del interior. En algunos momentos ello podía ser una reunión de núcleos aceptada por Toulouse –la de Madrid de marzo de 1957-, en otros la articulación de un Comité Central claramente rechazado o tolerado a su pesar –en enero de 1958 o luego en 1962 y 1963 en forma de Comité de Coordinación- y, finalmente, la demanda de mayor representación del interior en el único órgano ejecutivo, como ocurriría tras el congreso de agosto de 1958. El propio diseño reorganizador elaborado por Llopiés en diciembre de 1953 –Amat y su núcleo vasco se encargarían de Cataluña y Aragón, y ellos de Asturias, Valencia y Andalucía, y así Madrid se vería forzado a una dirección nacional “auténticamente representativa”- se vio alterado pronto por mor de las circunstancias y posibilidades reales de acción, además de por la capacidad del “viajero” (Amat).

La amenaza de que un relacionador se transmutara en organizador con facultades decisorias solo era tal si Amat tenía éxito en su encomienda. Y lo tuvo. Aunque era una persona muy controlada en su ciudad y fuera de ella –en enero de 1955 fue interrogado en la DGS para saber de las relaciones de los socialistas con los monárquicos-, sus diferentes apodos –“Guridi”, “El Ciclista”, “El Cartero”, “Sorozábal”, “El Coronel”, “El León de Vitoria”, “El Maño”, “El Francés” o “El Vasco”- y una vida tan rutinaria como desorganizada –la ronda de potes de cada tarde con la cuadrilla o las salidas de Vitoria para seguir al Deportivo Alavés o para representar una marca de galletas- le sirvieron para despistar a la policía durante años. Les costó a los hombres del coronel Enrique Eymar y del comisario Yagüe –o al propio Ruiz de Apodaca, que tan poca importancia daba a su posible dimensión política- asignar todos esos alias al aparentemente inofensivo activista vitoriano.

La tarea reestructuradora de la red socialista del interior fue rapidísima e intensa. Lo resumía el propio Juan Iglesias así:

“La labor de este hombre fue inmensa. Penetra en los medios estudiantiles, en los medios liberales, entre los trabajadores... Tenía un don de gentes extraordinario. Inspiraba siempre confianza. Era agradable, simpático, gastador... Este hombre realiza un trabajo de reorganización enorme. Yo creo que ha sido la reorganización más importante que ha hecho el Partido durante todo el período de clandestinidad. Nunca el Partido llegó a celebrar tantas reuniones, ni en España, ni fuera de España, con la participación de los compañeros de la clandestinidad. Pero es que, además, este hombre es el que verdaderamente inspira la Agrupación Socialista Universitaria, la ASU. con Bustelo, Kindelán... No estaba casado, pues no

había quien lo cogiera... Tenía un valor personal a prueba de todo. Era abnegado y generoso. Consigue una organización muy sólida y seria. Con él vendrán un grupo de médicos de San Sebastián: Martín Santos, Vicente Urcola... Antonio Amat inspira de nuevo la confianza en el Partido. Venía a Francia con una gran facilidad. Sabía mover a la gente. La organización se había extendido a casi todas las provincias de España, con cohesión y un buen sistema de enlaces”.

El fiscal del juicio tras la caída de 1958 lo describió como “alma, motor y nervio de la organización”. Luciano Rincón, entonces en el “Felipe” (Frente de Liberación Popular, FLP), señaló cómo era “la figura apta para inducir a un gran número de socialistas de todas las tendencias a que pasasen por encima de todas las trabas burocráticas”. Un “imán para los jóvenes”, como lo era Jorge Semprún en el PCE, “un mediador perfecto entre los veteranos y los jóvenes”, los obreros y los intelectuales. Amat empezaba casi de cero, porque el estado del partido era de auténtica inanidad y muchos de los contactos no reportaban ninguna utilidad práctica, pero, en solo un año, consiguió extraordinarios logros básicamente por tres razones: la convicción de que el socialismo no debía esperar a la desaparición de Franco, sino que tenía que forzar la caída del franquismo actuando de la mano de otras entidades opositoras; su capacidad para ver la emergencia de una nueva oposición al régimen con la que era necesario contactar, formada por “hijos de los vencedores” cada vez más críticos (vg. universitarios, profesionales), por falangistas y católicos evolucionados políticamente y ahora enfrentados a Franco (Dionisio Ridruejo) o por trabajadores descontentos, aunque actuando desde dentro del Sindicato Vertical; y, por último, su libertad de criterio para, siendo fiel y obediente a la Ejecutiva de Toulouse, ir forjando su idea propia de lo que convenía al socialismo dentro del país, distanciándose cada vez más de la rutina burocrática y de los fantasmas históricos de aquellos (particularmente, su anticomunismo).

Para la primavera-verano de 1954 ya había solventado los dos problemas fundamentales de su primer encargo: “el tan desagradable asunto de Madrid”, donde en principio se resolvió mantener a Teodomiro Menéndez “Piriri” como enlace por el control que mantenía este sobre cárceles y juzgados, y la reorganización de Asturias, donde la represión había sido letal y, casi peor aún, los jóvenes transitaban del socialismo al comunismo por el “odio atroz” que tienen y “que creen que solo mirando hacia Rusia puede ser satisfecho”; en sentido contrario, dos años después, “la barbaridad de Hungría” (invasión soviética para sofocar la revuelta ciudadana) les haría “mucho daño a los chinos” (comunistas en el argot de Amat). Ense-

guida consiguió recomponer la relación con Zaragoza, Burgos, Santander, Sevilla, Valencia y Barcelona, además de la que ya tenía con el resto de vascos. Al finalizar el año ya estaba asentado el contacto con Galicia y en Andalucía siguió su labor con Granada, Córdoba y Málaga. En marzo de 1957 se celebró un pleno de delegados regionales del interior de España, el primero en una década.

Algunos autores han equiparado su labor reorganizadora, en tiempo y eficacia, con la que desarrollaron Semprún y Ajuria-guerra en el PCE y en el PNV, respectivamente. Empezó, como era lógico, soportándose en la lista de militantes veteranos: Francisco Román Díaz (de Málaga, con quien trabó gran relación tanto personal como política), Celestino Corcuera (de San Sebastián), Manuel Garrido Díaz (de Bilbao), Manuel Canto Solís (de Burgos, presidente del Sindicato Textil del Vertical), Rufino Montes, Vicente Requena (que pronto se suicidó) y luego Cándido Jiménez (de Asturias), Juan García García (de Barcelona, su enlace con el Moviment Socialista de Catalunya, MSC) o Higinio Sánchez, Higinio García o Justo Martínez Amutio (de Valencia). Pero de ahí pasó a enlazar con sectores y grupos que no habían sido habituales en el socialismo de los últimos años. Fue el caso de la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) surgida tras los incidentes estudiantiles de febrero de 1956, que convocaba a universitarios tanto socialistas como comunistas y de otras tendencias, lo que alimentó tradicionalmente las sospechas de desviacionismo por parte del Exilio. “Antifranquistas de espíritu liberal, pequeño burgués, pero carentes de toda formación y, sobre todo, de poca disciplina”. Así los retrataba un viejo socialista (Eduardo Villegas) –otro, como Arsenio Jimeno, expresaba el mismo temor por “la ambigüedad política en que se debate la ASU”- y ese fue su estigma hasta que una parte se afilió en enero de 1961 al PSOE. En ese tiempo, solo algunos como Amat (o el doctor Luis Martín-Santos) defendieron con convicción ante Toulouse que en esos jóvenes radicaba parte del futuro del socialismo (lo mismo que pensaban de los del FLP); “semillero de socialistas”, denominaba el psiquiatra a la ASU, “uno de los fenómenos más importantes desde la posguerra y para el PSOE sin duda el más importante”. Amat, incluso, tuvo que recibir de Llopias la admonición velada de que “por haber estado en la cárcel con los comunistas, se hizo intérprete más de una vez de los tópicos unitarios”. Los del Exilio siempre fueron partidarios de “no tolerar la existencia de socialistas fuera de nuestra disciplina”. El propio Jimeno había puesto a Amat en contacto con los jóvenes de la ASU para tratar de integrarlos al partido, a lo que estos no se mostraron muy dispuestos: “es curioso los prejuicios anti-PSOE que se encuentran en la nueva

generación”, confesaba Martín-Santos a Toulouse. Víctor Pradera, que se había reunido con Llopis en Carcassonne en agosto de 1956 para explicarle qué era la ASU, le trasladó poco después estos comentarios:

“Tienen la impresión [los jóvenes universitarios] de que nuestro partido es algo viejo, que se mueve poco, que estamos obsesionados por la guerra civil de la que hablamos siempre, según ellos, y obsesionados por un anticomunismo primario. Que ellos han trabajado en la Universidad con los comunistas y que les han ayudado a repartir las hojas... Afirman que los discursos y artículos de Prieto más bien perjudican, pues no atraen a los jóvenes”.

Después, tras una primera caída en 1956, el abogado Villar Massó, muy de la confianza de Amat, les sirvió de enlace. Con todo, no siempre las relaciones del vitoriano con los “nenes” de la Agrupación fueron amigables. Cuando estos se extralimitaban en sus funciones –como cuando a finales de 1956 entablaron conversaciones directas con Ridruejo-, el vitoriano hubo de recordarles que eso era asunto exclusivo del partido (es decir, de él). O cuando algún comunista, como Emilio Sanz Hurtado, pretendía llevar a los universitarios hacia su partido, denunció ante Llopis esa infiltración en la ASU.

Pero por esa vía Amat entró en contacto con profesionales de los que no había estado muy nutrido el PSOE nunca. El caso más notable es el de los psiquiatras donostiarras Martín-Santos y Vicente Urcola, o el abogado Joaquín Pradera. No fueron los únicos porque en Madrid, con distinta fortuna, trabó relación con el científico Miguel Sánchez-Mazas (representante en el exterior de la ASU) o con el diplomático Vicente Girbau (que luego desarrollaría una campaña desde el exterior en favor de su libertad). En la capital de España también conectó con los abogados José Federico de Carvajal y Josefina Arrillaga, que defendieron causas a instancia suya –y luego a él mismo- y animaron un Secretariado de Abogados de la UGT (en el interior). Años más tarde, a principios de los sesenta, llevó al también abogado Enrique Múgica a dejar el PCE y pasarse al PSOE; este formaba parte en Carabanchel del Club Chevalier que fundó el libertario Manuel Carabaño para acoger a los presos políticos que dejaban sus organizaciones de origen. Pero también acercó al partido a los catalanistas del MSC de Joan Reventós tras una visita a Barcelona en abril de 1954. La tesis de Amat para Cataluña era que el liderazgo socialista debía estar penetrado en el país –“ser catalán, hablar en catalán y pensar en catalán”- y no conformarse con ser un partido de obreros emigrados, como aparecía históricamente la sección catalana del PSOE (la FSC). De ahí vinieron muchas

ayudas en forma de aparatos de propaganda e incluso dinero, indirectamente, facilitando una mejor relación entre las dos facciones socialistas (MSC y FSC), lo que no evitó el constante recelo de Toulouse. Cuando Amat cayó en 1958, con él lo hicieron un número destacado de miembros del MSC, que a su vez eran destacados referentes de la UGT catalana.

Pero, además de acercar al partido a nuevos núcleos, estrechó la relación con el resto de fuerzas opositoras a Franco, convirtiéndose así en el representante socialista en España. De sus informes a Toulouse se desprende un contacto continuo con monárquicos, con republicanos de Izquierda Republicana (“con nosotros en su mayoría”), con nacionalistas vascos y la CNT, con Dionisio Ridruejo y sus vínculos con los democristianos, con el socialista no afiliado Tierno Galván o con la HOAC de Alfonso Prieto (entonces *alma mater* de este sector, y más en concreto de Acción Católica, que luego estuvo en Múnich en 1962 y fue catedrático en Murcia, y que le presentó a Amat al exfalangista Ridruejo) y, por supuesto, los comunistas.

4.- PROBLEMAS CON TOULOUSE

Dirigir un partido desde fuera del país constituía todo un problema que afectaba particularmente a dos vertientes: acertar con la estrategia adecuada para lo que allí realmente estaba ocurriendo y conectar con la sensibilidad y demandas de los militantes que se la jugaban en el interior. Incluso se le puede sumar una tercera: al dirigirlo el Exterior, el PSOE se convertía en “un partido de exilados con secciones en España”, lo que lo hacía poco atractivo. Todas estas dificultades hicieron aún más necesaria la figura de un enlace en el interior, y todas ellas hicieron a Toulouse más dependiente de Amat. La manera de reducir esa distancia, a medida que el interior se fortalecía, fue “interiorizando” el partido, lo que significaba que el exterior aceptara incorporar más miembros del interior a la Ejecutiva. Primero fueron dos, en 1958, luego tres, desde 1962, cinco en 1964, siete desde 1967 y luego la mayoría de puestos a partir de 1971. Esa fue una demanda permanente de Amat y de los suyos (los “amatistas”, como los llaman algunos autores), lo que convirtió al final a la Comisión Permanente del interior en Ejecutiva embrionaria y al Comité de Coordinación en uno nacional de hecho. El Exilio fue reticente por razones varias, pero no siempre obstaculizó ese natural crecimiento del protagonismo del interior.

Algo similar ocurre con el fortalecimiento del partido dentro de España. La Comisión Ejecutiva, el Exilio, quería una cosa y su contraria. El mandato a Amat, expresado en mayo de 1956, era el de “hacer ambiente, estando presentes en las situaciones de conflicto o de agitación, cuando ello responde a las necesidades de la sociedad [...]. Donde sea posible y conveniente, a cara descubierta; donde no sea posible, creando ambiente a favor de nuestro Partido”. Ciertamente, no cabía otra opción porque en 1953, cuando el vitoriano se hace cargo de la reorganización en el interior, se atraviesa por un “agotamiento de posibilidades múltiple”. Del exterior no se podía esperar una acción que derribara a Franco en pleno reajuste geoestratégico de la Guerra Fría:

“Desde 1951 –se quejaba Amat todavía un decenio después- no hacemos más que esperar que alguien nos saque las castañas del fuego. Primero la guerra, luego el final de la guerra, luego la nueva administración americana, luego el Mercado Común. Así, nuestros problemas, que nadie podrá resolver por nosotros, quedan aplazados una y otra vez”.

La represión contra la oposición entre 1947 y 1949 había sido terrorífica, y se vivía entonces un clima de parálisis; de ahí lo de llevar la dirección fuera. El PSOE estaba desnortado tras fracasar estrepitosamente, en octubre de 1951, la estrategia de Indalecio Prieto de alianza con los monárquicos de Don Juan, lo que le llevó a él a su retirada y al partido a la adopción de la “cura de aislamiento” o repliegue interior como procedimiento a seguir. A partir de ahí, el PSOE primó “la política de espera”. Esta consistía en prepararse para el momento posterior a la desaparición del dictador y así poder competir en condiciones con otras fuerzas en situación democrática. Como estrategia fundamental, primaba sobre la colaboración ahora con esas fuerzas políticas para contribuir a acelerar la caída del régimen. No solo actuaron así los socialistas –también lo hizo el PNV-, pero esto llevaba a preferir un partido de pocos, selectos y seguro frente a otro de masas y puesto en riesgo por su necesaria visibilidad: solo participando de alguna manera en luchas contra la dictadura se podían captar nuevos afiliados y crecer. Este asunto enfrentó estratégicamente a Amat con Toulouse –se discutía sobre qué hacer después cuando todavía estaban en el mientras tanto- y fue la base de su disputa. Llopis quería ver crecer a su partido, pero no que se pusiera en riesgo, ni ante la represión franquista ni ante la pureza doctrinal, de ahí lo de no colaborar con aquellos que podían desbordar esta en la práctica diaria (sobre todo los comunistas, pero también los de la ASU, socialistas ajenos a la disciplina como Tierno Galván u otros núcleos). Incrementar las fuerzas suponía también exponerse más fácilmente a la represión, como pasaría en noviembre de 1958. Pero las dos cosas a un tiempo –crecer y salvaguardar la seguridad y la coherencia doctrinal- no podían ser.

Amat, en sus labores de reorganizador, no ya de simple coordinador, apostó por el “oportunismo revolucionario”, en las antípodas de la estrategia del Exilio. Suponía, efectivamente, “hacer ambiente” y animar todo tipo de contradicción o crisis que le surgiera al franquismo, lo mismo daba si procedía de una protesta de falangistas disidentes, de estudiantes de buenas familias o de obreros actuando desde dentro de la CNS (el Sindicato Vertical). Todo valía para acortar la vida del régimen: había que “dar el brazo al diablo si este va contra Franco” porque la dictadura, frente a lo que se repetía con irreal optimismo, no naufragaba y “lo que solo se hunde son nuestras vidas y no digo nuestras ilusiones y esperanzas, pues son lo único que queda en pie dentro de este seísmo moral y material”.

Semejante esquema conducía al *movimentismo* antifranquista. El *movimentismo* era lo contrario de la tradición “pablista” del PSOE y lo contrario de la tesis en que persistía Llopis. Según la doctrina tradicional de Pablo Iglesias, el partido es un

fin en sí mismo porque el estado de la organización es la expresión más precisa de la vitalidad y posibilidades de la clase obrera. Por lo tanto, se imponía preservar a toda costa la continuidad de este, no ponerlo en peligro hacia dentro ni hacia fuera. Conclusión: había que evitar la acción por la acción y ser cuidadosos. Por el contrario, el antifranquismo que se fue gestando a lo largo de la dictadura como la gran cultura política común opositora se soportaba en dos argumentos: la acción constante contra el régimen y la colaboración entre fuerzas diversas, en una concepción radicalmente opuesta al organicismo de partido: la primacía del movimiento (del movimiento antifranquista). En esa estrategia creía Amat, educado en sus experiencias carcelarias y activistas, y esa misma estrategia era la que abominaba Llopis.

Además, todo se complicaba con la presencia de los comunistas. Como señaló el vitoriano en muchas ocasiones, estos eran los que más y mejor estaban combatiendo la dictadura: el PCE se convirtió al final en el “partido del antifranquismo”, pero ya para 1947-49, en la época dura de la represión, más de la mitad de los detenidos eran de los suyos (el veinte por ciento eran anarquistas y solo un seis socialistas). Comunistas y cristianos de la HOAC (“5.000 afiliados”) eran ahora los más activos propagandistas, “y esto –le escribía Amat a Llopis- nos hace pupa”. A consecuencia de la experiencia de la guerra civil y luego por lo ocurrido durante la Guerra Fría y en el devenir del “socialismo real”, el anticomunismo se había instalado como axioma en el PSOE, al punto de que en el congreso de 1946 se había prohibido la colaboración “hasta que nuestro partido no reciba pruebas suficientes e inequívocas de una rectificación de conducta por parte del PC”; tal criterio se mantuvo oficialmente hasta 1970. El antifranquismo suponía la colaboración con los comunistas. El riesgo que ello entrañaba resultaba asumible para los del interior como Amat –“estamos alineados con los obreros comunistas por un mismo primer objetivo: destruir la Dictadura. Luego ya veremos quién fusila a quién”, escribía con su característica sorna-, pero era de todo punto evitable para los del exterior. El asunto fue motivo de pugnas entre unos y otros.

Al contrario, el PSOE había tejido desde la dirección de Prieto en los años cuarenta una estrategia de colaboración con los monárquicos. Desechada la idea de una ayuda exterior y valorando el estado de la oposición como muy precario, los socialistas confiaron en que solo militares monárquicos hastiados ya de un reino sin rey –o de un reinado efectivo a cargo del dictador- podrían derribar a Franco. A tal efecto acordaron con estos una fórmula consistente en un futuro gobierno transitorio hacia la democracia “sin signo institucional definido”; es decir, dejaban para más adelante el tema de monarquía o república, a resolver plebiscitariamente (y en la confianza de que el pueblo español se inclinaría naturalmente más por

lo segundo que por lo primero cuando pudiera expresarse en libertad). Tal cosa, por ejemplo, permitió a todas las fuerzas del exilio encontrarse en los llamados Acuerdos de París de febrero de 1957 (de la CNT colaboracionista al PNV) o luego en el más conocido Congreso del Movimiento Europeo de Múnich de 1962 (el que el régimen denominó “contubernio”) o en la Unión de Fuerzas Democráticas a partir de 1961 y durante toda esa década, hasta que murió por consunción al final de esta. La estrategia tenía el problema de que no desplegaba una acción mancomunada, que no lo hacía en su lugar adecuado, el interior, y que no contaba con los comunistas, lo que, para Amat, en la práctica, la convertía en inane. Ciertamente, el proceso final antifranquista fue de activismo de todo un movimiento en absoluto orgánico y sí social, y de colaboración de fuerzas y no de exclusión, lo que impugna a posteriori la oportunidad y eficacia histórica de aquel procedimiento. Pero, además, la colaboración con los monárquicos envenenó las relaciones entre el interior y el exterior. Los primeros, siempre pragmáticos –incluso oportunistas, como Amat-, se mostraron permanentemente abiertos a esa colaboración (y a otras más), mientras los segundos, sin tanto que perder, sacaron a relucir en ocasiones su marchamo republicano indiscutible. Por encima de la instrumentalización de pugnas nominalistas, todos coincidían en que la elección entonces era “esperar que se nos imponga una restauración monárquica cuando quieran y en la forma que quieran o que esta se produzca con nuestro control, si es posible”. Así fue años después, en la Transición, pero, entonces, esta todavía era una discusión tóxica por irreal –pocos había más apasionadamente republicanos que Amat-, además de en la nada, sin consecuencia práctica, más allá de la pugna a que dio lugar, también sin sentido.

El reorganizador vitoriano fue desde el principio leal a las directrices de Toulouse y hasta el final se resistió a la lucha fraccional en contra de la dirección de su partido. Pero eso no obsta para que formulara y pugnara por sacar adelante sus tesis en los marcos orgánicos del PSOE. La diferencia de visiones interior-exterior tenía por fuerza que expresarse en demandas concretas o en tensiones no resueltas o cismas, como les pasó a todas las fuerzas republicanas sin excepción (incluidos los comunistas enseguida, con Jorge Semprún y Fernando Claudín como referencias en su pugna con Santiago Carrillo). En la primavera de 1957 Amat comenzó a mostrar cansancio, impaciencia y desazón por la falta de comprensión que encontraba en la dirección de Llopi. Sobre su estado personal, anticipando un relevo, escribe:

“... llega a agotar la cantidad de obstáculos que hemos de salvar (...), ese continuo mentir. Tan pronto eres un médico que vive en Bayona como un abogado de Santander, como un modesto empleado de

almacenes de Toulouse. La memoria siempre en tensión para no olvidar un mote, un número, (...) limar asperezas, casi siempre de tipo personal, espolear continuamente, gritar, reñir, resolver pegas y, para qué seguir, si lo conocéis perfectamente”.

Insistió en una solicitud ya formulada en septiembre de 1954: armas (“antibióticos”) para combatir a Franco y acelerar “el triunfo de nuestras ideas, que está a vuestro alcance”. De nuevo tuvo la llamada por respuesta, pero insistió, a través de una carta de su amigo Francisco Román, en que “no podemos darnos el lujo de esperar. Se extingue el Partido y no ve los retoños. Siempre será mejor actuar, aunque se arriesgue parte del prestigio del Partido, que esperar...”. Llopis ridiculizó esta llamada de auxilio y Amat tuvo unas palabras con él. Algunos autores (Gómez Bravo) sitúan ahí la fractura de su relación personal, que se intensificó en lo orgánico con la inmediata “reunión familiar” en Bilbao, el 17 de octubre, a la que acudieron veintidós núcleos del interior y que soliviantó a los “franceses”. Allí decidieron prescindir del cauce orgánico y acelerar los contactos con las otras fuerzas antifranquistas para forzar a Don Juan a una declaración al país de ese signo; si no prosperaba esa vía, entendían llegado el momento de acudir a la “táctica antibiótica”. En su declaración aparecen afirmaciones como estas: “Nuestro principal objetivo debe ser el derrocamiento del régimen franquista y es secundario teorizar sobre la legalidad del signo institucional que debe suceder a Franco. (...) Ninguna dictadura fascista, y la de Franco lo es, ha sucumbido víctima de sus propios errores. (...) Al fascismo solo se le destruye por la fuerza y si esa fuerza no la tenemos nosotros hemos de buscarla...”. Llopis tomó nota de la gravedad del momento y rechazó todas las acusaciones veladas –las de no tener prisa, las de no confiar en el acuerdo con los monárquicos-, y, particularmente, impugnó la idea de recurrir a vías violentas:

“No rechazamos, en principio, ninguna táctica para derrocar a Franco que creamos eficaz, siquiera el Partido propugna y defiende hoy por hoy una solución pacífica. Pero necesitamos saber lo que se propone hacer, el alcance de vuestro acuerdo, pues no nos perdonaríamos que, con los mejores deseos, al transformar el actual problema en conflicto, suponiendo que eso es lo que se quiere y que está en nuestras manos conseguirlo, y no teniendo preparado el instrumento que pudiera hacerse cargo de la situación que se creara, solo consiguiésemos provocar una represión cuyas víctimas se adivinan y un fortalecimiento del régimen franquista”.

El *amatismo*, de ser algo, sería un accionismo poco teórico, porque Amat era poco sólido en ese campo y “nunca concibió plenamente una alternativa estratégica”. Pero ello no obsta para que se acompañara de elementos más intelectuales para presentar ante los órganos de su partido las necesidades que interpretaba tenía este dentro del país. Es lo que hizo en dos ocasiones importantes, en sendos congresos socialistas. La primera fue en el convocado para agosto de 1958. Allí desembocaron las tensiones de los últimos meses. Como previo, Amat propuso en nombre del interior un decálogo de propuestas: “interiorización” (más protagonismo de los que luchaban dentro de España, con incorporación de algunos de sus miembros a la Ejecutiva), intensificar las protestas (pacíficas) contra el régimen, colaboración con todas las fuerzas opositoras sin excepción (incluidos los comunistas), elaboración de un programa político del Partido, actualización y concreción de los temas de propaganda (no centrados ni en los crímenes de la dictadura ni en los de otros grupos políticos, sino en la problemática del país), y, si resultaba imposible todo eso, facultar a la Ejecutiva “para decidir la nueva línea posible de lucha contra el franquismo”. El largo informe, titulado “Posiciones socialistas dentro de España”, había sido redactado junto con Martín-Santos y expuesto en la víspera del congreso, en la sesión del Comité Director (o comisión ejecutiva), por el malagueño Román Díaz. En el propio congreso no pudieron intervenir los del interior por motivos de seguridad, y actuó de portavoz de ellos Luis Araquistáin, siempre heterodoxo y ahora anticomunista.

El diagnóstico de los *amatistas* en ese VII congreso del PSOE en el exilio se resumía en los cinco puntos de la cabecera del informe presentado en las vísperas de este. Era relativamente optimista, pero con matices. De entrada, señalaba la “progresiva disgregación de las fuerzas políticas que forman el conglomerado franquista”, a pesar del paralelo “progresivo afianzamiento internacional del régimen”. La situación económica crítica del final de los años cincuenta, de la autarquía, veía disolverse sus apoyos y limitaba estos al Ejército y a la gran burguesía, multiplicándose los sectores descontentos: una clase obrera emergente y una burguesía rentista empobrecida por la inflación. De ahí devenía una “nueva actitud de las diversas clases y grupos sociales ante la situación económica y la actual coyuntura deflacionista (sic)”. Las “antinomias” (contradicciones) del régimen debían ser aprovechadas para acabar con este, porque se observaba la “aparición de una nueva oposición política en el interior del país”, que, sin embargo, convivía con un “incremento de la actividad comunista en el interior durante los últimos años”. El partido debía ser extremadamente proactivo y no reparar en procedimientos, volviendo a insistir otra vez en la vía violenta si las otras fórmulas no funcionaban. En este caso la literatura es ya extremista:

“También va siendo ya un escándalo que, en 20 años de opresión inhumana, no se haya realizado un solo atentado político, una sola ejecución justiciera de los que nos humillan y torturan, ¡ojalá no sea preciso! Pero dejemos un portillo abierto. El pueblo español, la clase obrera española y el PSOE no pueden admitir ya, ni por un solo momento, que la Historia de España se detenga de nuevo. La violencia es susceptible de poner de nuevo en movimiento las ruedas de la Historia”.

El histórico Indalecio Prieto se empleó a fondo en contra de esas “posiciones socialistas” y los del interior solo sacaron de positivo la inclusión de dos de sus miembros en la Ejecutiva del PSOE. Los nombres fueron sugeridos por Amat, después de expresar su desconfianza con “las gentes nuestras de Madrid”, de natural “veleidosos”: uno sería el doctor Martín-Santos, recién ingresado en el partido, y el otro Ramón Rubial, recién salido de la cárcel en agosto de 1956, tras veinte años en ella. La presencia de vascos (y asturianos) al frente del socialismo se reiteraba. En septiembre, en un pleno de federaciones del interior, fueron designados estos dos. Para el 15 o el 16 de noviembre les había citado Llopis a una reunión que no pudo celebrarse. A cambio, la resolución política aprobada no hizo sino reiterar la tesis de la alianza “con todas las fuerzas anti-franquistas de signo no totalitario” y “la fórmula plebiscitaria” para resolver en su momento “el problema político de nuestra patria” (la forma de Estado: monarquía o república), en línea con el documento signado de los acuerdos de París.

5.- LA GRAN CAÍDA

Tras años de investigación y búsqueda, el 8 de noviembre, sábado, hacia las once de la noche, cuando salía del restaurante madrileño “Siete Picos”, los hombres del comisario Saturnino Yagüe detuvieron a Amat. Dos días antes había estado con Villar Massó en la antigua sala de fiestas “Tropical”, en la calle Alcalá, pasando luego al Copacabana. El primero se vio con José Federico de Carvajal en su casa, para asignarle un trabajo de propaganda. Amat se había visto también con jóvenes de la ASU como Miguel Boyer, Luis Gómez Llorente, Luis Solana o Mariano Rubio. Les seguía la policía desde hacía días y enseguida cayó sobre ellos. Antes, en septiembre, habían sido detenidos algunos guipuzcoanos, con Celestino Corcuera al frente, y lo serían luego los doctores Urcola y Martín-Santos y Joaquín Pradera, después de Amat; a comienzos de noviembre lo había sido un pasador de fronteras en Cataluña, un tal Mateu. El vitoriano tenía controlados sus buzones y, desde la celebración del último congreso, donde al parecer hubo “observadores españoles” entre los asistentes, los seguimientos a personas de su entorno se habían intensificado. Todo ello llevó a la desarticulación de un golpe de toda la red de núcleos socialistas tan laboriosamente reconstituida en el pasado lustro; fue, sin paliativos, la más importante que había sufrido el PSOE hasta entonces. Aparecen en la nebulosa del tiempo diferentes sospechosos de esta caída: el taxista Aurelio Jiménez Mateo, Manuel González Méndez, que habría comunicado a la policía la llegada a la estación de tren de una multicopista y varios kilos de propaganda, o el octogenario Menéndez “Piriri”, de quien receló Amat; también su hombre de confianza, el abogado Villar Massó, un personaje complicado, convertido después en “inspector honorífico del Cuerpo General de Policía”. La caída anterior de jóvenes de la ASU, en mayo (Carlos Zayas, Gabriel Tortella...), llevó a pensar en Toulouse si no habrían sido estos los que habían dado cuenta a la policía de los restaurantes y pensiones que frecuentaba Amat en Madrid. El caso es que la detención alcanzó a un centenar de personas, socialistas de su trama del PSOE y otros de la ASU o del MSC, desplegados por las provincias de Asturias, Barcelona, Granada, Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Málaga, Sevilla y Madrid; se salvaron Santander, Aragón, Burgos y lo principal de Vizcaya, y los enlaces y pasos a Francia. Amat fue interrogado “violentamente durante toda la noche y el día siguiente. Aunque no fue objeto de violencia física directa, sí sufrió un despiadado ‘tercer grado’”; la policía se ensañó con los asturianos. A los pocos días fue trasladado, como todos los demás, a la cárcel de Carabanchel. Allí le encontró Martín-Santos “en un grave estado de fatiga, habiendo perdido mucho peso. Su rostro ex-

tenuado y su inercia física indicaban bien a las claras la dureza de la prueba sufrida, aunque no hubiera sido torturado en el sentido exacto de la palabra”.

Las sospechas también recayeron sobre el propio Amat, lo que, con el tiempo, le generó gran desazón. Algunos, como “Piriri” o los asturianos, apuntaron a que “como hombre precipitado, inquieto y despreocupado, así como demasiado confiado” con algunas personas, podía caer en manos policiales, y todos los demás con él. Incluso se llegó a extender la especie de que habría tenido un trato singular en los interrogatorios. Llopis llegó a hacerse con una copia de su declaración en la DGS pagando por ella quinientas pesetas; también consiguió otras muchas, como la del entonces comunista Enrique Múgica. Del revés, las dudas acerca de la cúpula del Exilio también circularon, sin que en un caso y otro se manejaran pruebas más sólidas. La desconfianza que desembocó en el congreso de agosto e incluso cierto interés policial por intervenir en la relación interior-exterior –y por conocer los “acuerdos reservados” tomados allí y, en concreto, el lanzamiento en España “de una nueva campaña clandestina contra el régimen franquista”, como publicó *France Soir*- se manejan como argumentos por diferentes autores, que acentúan o aminoran esa tensión. En todo caso, sus efectos resultan evidentes y repercutieron en alguna medida en la posición de Amat (y de Toulouse) cuando saliera de prisión años después.

La noticia de las detenciones causó un extraordinario impacto, y no solo en los entornos del socialismo. Al fin y al cabo, se detenía y amenazaba con severas condenas a personas por el simple hecho de su activismo político, de su pertenencia a grupos ilegalizados, pero que nunca habían desarrollado, por ejemplo, acciones de violencia. Eso es una dictadura, pero el hecho no era de recibo en la Europa de ese momento. Pronto se articuló una respuesta de condena. La revista neoyorkina de Victoria Kent, *Ibérica*, informó rauda de los hechos, como el resto de los medios de los diferentes grupos de oposición (*El Socialista*, *Adelante*, *Tierra Vasca* y otros). El diplomático Vicente Girbau, cofundador de la editorial Ruedo Ibérico y entonces expulsado del cuerpo, fue muy activo en la campaña de denuncia desde el exterior. “La campaña pro amnistía está cogiendo gran vuelo”, le escribía Martín-Santos a Amat en mayo de 1959, cuando aquel salió de Carabanchel. Más importancia cobraron aún la labor de los propios organismos socialistas españoles en el exilio (PSOE, UGT y Juventudes Socialistas), y los pronunciamientos y presiones del Bureau de la Internacional Socialista o de la internacional sindical CIOSL, con su secretario general J. H. Oldenbroek a la cabeza –al juicio posterior acudieron Ernest Davies por el Partido Laborista y Roger

Lallemand por la Confederación de Sindicatos Libres-, los fondos recaudados por el “Comité pro fondos de ayuda para los demócratas españoles” a instancias de los laboristas británicos, o la presencia en España de representantes políticos como el entonces ministro belga Hendrik Fayat (antes presidente de los socialistas en las instituciones europeas) o, sobre todo, de un abogado inglés al que Amat había conocido en Vitoria en 1954 durante el juicio contra los encausados por aquella huelga de mayo de 1951: Peter Benenson. El 28 de mayo de 1961 publicó en *The Observer* un artículo titulado “Los prisioneros olvidados”. En él exponía los casos de nueve presos de conciencia repartidos por el mundo: el rumano Constantin Noica, el angoleño Agostinho Neto, el sudafricano Patrick Duncan, el norteamericano Aston Jones, el matemático argelino Maurice Audin, la escritora rusa Olga Ivinskaya, el filipino Luis Taruc, el marxista chino Hu Feng y el vitoriano Antonio Amat, de quien se dice “intentó formar una coalición de grupos democráticos”. Sus historias se contaron en el *Penguin Special* de octubre, en una edición titulada “Persecution 1961”. Su campaña mundial “Llamamiento por la amnistía” se considera el origen fundacional de Amnistía Internacional.

El Sumario 8/1958 instruido por la Brigada Político Social comenzó su andadura a cargo del Juez Militar Especial Eymar, que se inhibió en favor del Juzgado Especial Nacional de Propaganda Ilegal, encabezado por su titular Jacinto Blanco Camarero, que mandó a prisión y procesó a los detenidos. La lista de ellos daba cuenta de la diversidad en la que había trabajado Amat: había veteranos y jóvenes (los “nenes” de la ASU), trabajadores, profesionales y estudiantes, procedentes de todos los lugares de España. Al final fueron treinta y tres los procesados –otros dieciocho encausados se fugaron a Francia, como el estudiante Antonio Sampere, o fallecieron, entre ellos Martín-Santos-, en un juicio que se suspendió en noviembre de 1962 y noviembre de 1963, por lo que tuvo lugar en enero-febrero de 1964. La causa era por tratar de “reorganizar el Partido Socialista y la UGT, (...) de repartir propaganda y dinero para las familias de los presos, además de distribuir *El Socialista* y *UGT*, en donde todos los artículos son en contra del régimen español y encaminados a la sustitución de dicho régimen”; a algunos de los encausados se les añadió su participación en el congreso socialista de agosto. Entre estos encontramos a los vascos Urcola, Martín-Santos, Corcuera, Fermín Oñate (de Bilbao) y Edroso, a los madrileños González Méndez, Villar Massó y el también abogado José Antonio Muñoz Atienza (el último detenido, el día 13), al malagueño Román Díaz, a Juan García (“El Paleta” gaditano que coordinaba a los diversos socialistas catalanes) y a Miquel Casablanques (del MSC), o a los asturianos Jenaro Fernández, Emilio Llana y Cecilio Pérez. Entre los veinte absueltos finalmente destacan algunos como

Reventós, Pradera, Martín Indabarena, el ugetista del MSC Salvador Clop o los andaluces Horacio Hermoso Serra, hijo del último alcalde sevillano fusilado tras el 18 de julio de 1936, el exmilitar republicano Urbano Orad de la Torre o Alfonso Fernández Torres, que años más tarde incorporaría a las Juventudes Socialistas a Felipe González, Alfonso Guerra, Guillermo Galeote y Luis Yáñez (y del que recelaba Amat ya en mayo de 1957 por su “capillita” conspirativa). Amat fue condenado a cinco años de prisión (y multa de 50.000 pesetas), otros cuatro lo fueron a cuatro años (Corcuera, Román, Llana y Pérez Castaño) y el resto a penas entre uno y dos años. Para entonces habían ido saliendo todos de prisión; Amat fue el último de ellos, que la abandonó definitivamente el 15 de mayo de 1961 (Román fue también de los que más penó en la preventiva). Diecisiete letrados defendieron a los reos. Entre ellos estaba el que fuera ministro de Agricultura con la CEDA durante la República y luego preceptor político de Felipe González y el núcleo socialista sevillano: Manuel Giménez Fernández, o Juan Manuel Fanjul Sedeño, hijo del famoso general vitoriano y conspirador contra la República, ejecutado tras sublevar el madrileño cuartel de la Montaña.

Las penas se correspondían con el contexto de dictadura, pero respondían a su vez a la necesidad del régimen por atemperar su violencia –las ejecuciones de 1963 estaban recientes– y no cargar en exceso contra socialistas bien defendidos por sus correligionarios extranjeros y objeto de atención de cancillerías europeas, organismos y prensa internacional. El traslado de jurisdicción de militar a civil entraba en esa lógica. Por otra parte, el desarrollo del juicio trató de derivarse contra la propia dictadura, con declaraciones de los encausados y de los abogados que suponían afirmaciones políticas de primer orden tanto para el régimen como para el propio PSOE: “El socialismo español moderno es europeo, democrático y anti-totalitario. Está dispuesto a dialogar con todos los sectores políticos, fuesen los que fuesen”. Además, algunas embajadas, como la francesa en Madrid, interpretaron que aquella sentencia relativamente liviana reconocía al socialista “como un partido político de hecho”, a lo que sumaba otro hecho añadido más problemático: “Antonio Amat, que es prácticamente el secretario general del PSOE, está en Vitoria”. La nota diplomática es de diciembre de 1963, pero, indirectamente, volvía a reiterar la importancia que tenía el interior y cómo el proceso la había incrementado.

6.- LA “LEYENDA AMAT”

Tras la sentencia, ninguno hubo de regresar a la cárcel, aunque Amat siguió de arresto domiciliario en casa de su abogada, Josefina Arrillaga, y luego en su residencia habitual de Vitoria. Durante el tiempo que pasó en Carabanchel cobró un renovado protagonismo animando la comuna de los presos políticos –los que el resto llamaba “los científicos”, porque enseñaban allí todo tipo de disciplinas- y estrechando y naturalizando la relación que mantenía con los procedentes de otras escuelas políticas y grupos, entre ellos los comunistas, objeto constante de preocupación para las gentes del exilio. Otra vez se puso al frente de una protesta carcelaria, en aquella importante huelga de hambre de los presos políticos en abril de 1960, y animó a reclusos de otras organizaciones políticas (PCE, FLP, Nueva República) a pasarse a las filas socialistas. Por supuesto, todavía sin sustituto al frente de la organización en el interior –lo acabaría siendo Ramón Rubial-, siguió gestionando lo que tenía que ver con esta, al punto de que, además de distribuir recursos y conexiones, mantuvo la relación tanto con los representantes de otras organizaciones como con los de su propio partido. De la primera sacó la conclusión de que todo estaba parado, que desde que entrara en la cárcel hacía casi tres años las cosas no habían evolucionado “en el fortalecimiento de esta oposición de opereta que formamos”. De la segunda se convenció de que los próximos meses serían de gran importancia para que el partido tomara las decisiones y posiciones más adecuadas al tiempo que vivían:

“Estamos preparando las conclusiones que se llevarán al congreso, que tendrán que reflejar la opinión de la inmensa mayoría de los compañeros del interior, pues concedemos tanta importancia a este congreso, ya que en él se juega, sin hipérbole, la baza más vital para la prosecución de la lucha con posibilidades de éxito, así como para la supervivencia de nuestro Partido”.

El Amat que ya no era “Guridi” había salido personalmente tocado de prisión, afectado por una creciente “impaciencia revolucionaria” y cada vez menos resignado a la inacción de Toulouse. El pulso generacional iniciado en los años cincuenta cobró en los sesenta una dimensión agónica y determinante. La adecuación del socialismo a las nuevas condiciones que iba a generar el industrialismo de esa década –una nueva clase obrera urbana, emergencia de otro tipo de clases profesionales, juvenilismo, radicalización de la izquierda internacional, debilidad progresiva del franquismo desde la inflexión que supuso su celebración de los XXV Años de Paz en 1964...- lo colocaban en un ser o no ser, dependiendo de su acierto o desacierto.

Las “antinomias” que señalaba Martín-Santos en 1959 para referirse a los efectos iniciales del Plan de Estabilización (paro, despidos) cambiarían rápidamente. La industrialización acelerada generó a un tiempo una clase obrera reivindicativa y unos sectores sociales que, por fin, encontraban en el franquismo una oportunidad para salir de la miseria en que tradicionalmente habían vivido, una ocasión incluso para desclasarse con el mucho trabajo y el acceso al consumo (vivienda, estudios para los hijos, automóvil...). Lo veía el psiquiatra y literato ya en 1960, en una circunstancia distinta: la crisis económica, “si por una parte reduce el nivel de vida del trabajador, por otra enmohece su ya no muy grande capacidad de lucha”. La capacidad del partido y del sindicato para conducir a los trabajadores, estudiantes y profesionales por la vía de la lucha contra el régimen, y, más importante, para enlazar con sus reivindicaciones y sus nuevas formas de organización era determinante. Las contradicciones del sistema por sí solas no valían; decidían la funcionalidad del instrumento organizativo y el olfato estratégico. Y en ese punto no coincidían otra vez el interior y el exterior.

En agosto de 1961 se celebró el VIII Congreso del PSOE en el exilio, no en Toulouse sino en Puteaux, Nanterre, cerca de donde ahora se levanta el barrio de negocios de La Défense. Era la ocasión a la que concedía tanta importancia futura Amat. Para defender sus posiciones inspiró un documento en cuya redacción participaron de nuevo Martín-Santos, en una de sus últimas colaboraciones con el partido, y el sociólogo Ángel de Lucas y Luis Gómez Llorente, de la ASU pasado ya a las Juventudes Socialistas madrileñas, que lo defendió en persona acompañado de Miguel Ángel Martínez. Estos antiguo *asuistas* ya habían expuesto sus tesis novedosamente radicales en el IV Pleno de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas celebrado en Toulouse, en abril de 1961; ahora lo hacían en el marco más exigente del partido. La escena, en esencia, resultó una repetición del pulso interior-exterior vivido tres años atrás, pero, por las características del momento, dotada de una singularidad bien diferenciada. El documento titulado “Las federaciones del interior presentan al Congreso del PSOE la siguiente ponencia” partía de un diagnóstico de situación más cauto y desesperanzado que el de tres años atrás. La posición del régimen era ahora mucho más sólida, tanto dentro como fuera del país, por lo que la falta de condiciones objetivas –las dichas “antinomias”– debía ser sustituida por un ímpetu revolucionario a cargo del partido, animando y provocando todo tipo de crisis y contradicciones en el régimen. El oportunismo político de Amat alcanzaba ahora su expresión máxima y recurría a todas sus posibilidades, como el entrismo en las organizaciones sindicales franquistas o el recurso final a la violencia. Se imponía un renovado entusiasmo por un socialismo revolucionario, radical y en la onda de los sesenta: antiim-

perialista, antirreformista, obrerista, anticapitalista y antiamericano. El partido, entonces, contradiciendo las tesis tradicionales de Toulouse, no tenía por función reservarse para el futuro, sino disponerse como instrumento para la transformación inmediata del presente, incluso poniéndose en riesgo. La consecuencia primera era insistir en su “interiorización”: la mitad de la dirección debía designarse desde el interior.

El rechazo y la derrota de los del interior fue, si cabe, más rotunda que la de tres años antes. De nuevo, al igual que Llopis, el histórico Indalecio Prieto se volvió a emplear a fondo en contra de ellos, en una de sus últimas intervenciones públicas antes de morir. Pero, como destacó el historiador Santos Juliá, la repetición del rotundo rechazo a los *amatistas* era muy distinta de la anterior: representaba “el portazo del exilio al nuevo socialismo emergente en los primeros años sesenta”, “la incapacidad del viejo partido para incorporar a la que será generación del 68”. Y resumía rotundo: aquel documento rechazado “no era un apéndice [generacional] del 56, sino un esbozo del 68”. Esa falta de visión de los viejos socialistas del exilio hizo que su partido desapareciera durante un decenio del escenario de la oposición española al franquismo; la renovación generacional, intelectual e ideológica del socialismo y de la izquierda en esos años no pudo acogerse a las siglas del PSOE. Ello dejó espacio para otras formulaciones –la Nueva Izquierda, pero sobre todo el PCE-, sin que pudiera recuperar la posición hasta la crisis definitiva del congreso de Suresnes, en octubre de 1974 (precedido por el de Toulouse de agosto de 1972 –el de “la renovación” o “el sedicioso”, según las miradas entonces ya enfrentadas sin remedio-, y por el de la UGT de 1971).

En marzo de 1962 la dirigente comunista italiana Rossana Rossanda –a la que ya se ha citado aquí varias veces sin llegar a ser presentada- visitó el País Vasco en su gira por España para conocer la realidad del país, de su dictadura y de los opositores que se le enfrentaban. El objeto último era preparar una convención por la libertad, unitaria y antifascista, promovida por el PCI y a celebrar en Roma. A instancias de su correligionario Jorge Semprún, entabló contacto con diferentes personas para ser entrevistadas. En el País Vasco lo hizo solo con dos: el doctor Luis Martín-Santos en San Sebastián (introducida por una nota de Carlos Barral, el editor de su *Tiempo de silencio*) y Antonio Amat en Vitoria, “el líder más importante del interior y que no se entendía con Llopis”. La entrevista con este se desarrolló en el sótano de un café-restaurant, posiblemente en su “oficina” del “Dos Hermanas” de José Ramón Aguiriano, aunque no lo dice, “que parecía más mojado por dentro que por fuera”. La italiana se recordaba luego en Vitoria como “una ciudadana triste y empapada”, y recordaba a Amat como “un hombre que explotaba en su recinto”. Definió aquel PSOE que transmitían sus impresiones como algo que no se parecía “ni

al del pasado ni al del futuro”, y lo hemos considerado perfecto para utilizarlo como subtítulo de esta biografía, porque eso representó exactamente nuestro personaje y aquel era su socialismo.

¿Qué reflexión le trasladó Amat a una comunista italiana que venía con la intención de confirmar sus esquemas preconcebidos respecto de España y de sus posibilidades de adelantar el final de la dictadura? Lo primero, la distancia que separaba a los hombres del interior de los del exterior, su mirada agónica de la existencia, su urgencia vital, su reproche de lo mal que se veía el país desde tan lejos, desde Toulouse. Lo segundo, las diferencias en la estrategia. El exilio se reiteraba en una fórmula de relación, ni siquiera frentista –porque no suponía unidad de acción articulada, sino solo afirmación de intenciones y declaraciones solemnes, sin más-, con otras organizaciones republicanas e incluso con otras de distinto signo o nuevas, pero dejando al margen a los comunistas. Pronto se repetiría el esquema en Múnich, para alborozo de Llopi y indignación de Amat, que no veía ningún avance por ese camino, una herencia de los viejos intentos frustrados de Indalecio Prieto con los monárquicos. Y no es que el vitoriano tuviera alguna querencia por los “chinos”; es que era solo reconocer su presencia y contar con ellos, porque no se podía prescindir de nadie si se trataba de derribar la dictadura. En ese sentido, el interior había defendido sin contradicción la relación con fuerzas políticas de todo signo si se disponían contra Franco –por ejemplo, los acuerdos con monárquicos, católicos o democristianos- y la relación con los comunistas en el terreno sociolaboral (o con los de la ASU en el universitario). Era lo que llamó Rossana Rossanda “matrimonio con la derecha y adulterio con los comunistas”, una política en el fondo hipócrita y confusa porque el interior se veía obligado a proclamar una cosa y hacer en realidad otra. Solo el exterior había manejado la primera parte del par a su conveniencia en contra de los *amatistas*: en ocasiones presentando a los del interior como poco menos que “monárquicos” por su defensa del acuerdo con estos y en ocasiones centrando solo en ellos la política de alianzas del PSOE. Lo tercero: la alternativa situada en un movimiento realmente unitario, de base obrera, que incorporara a los comunistas y también a los sectores católicos, que en estos primeros años sesenta mostraban una vitalidad muy superior a las nacientes comisiones obreras (todavía con minúsculas), luego tan importantes. La HOAC, la JOC o algunos cambios en la Iglesia vasca más de base llamaban la atención ahora de Amat. Por el contrario, “la antigua tríada sindical, ahora hibernada” (UGT, CNT y la vasca STV, que conformaron desde 1961 la Alianza Sindical Española, creada en Toulouse), debía prestar más atención a la nueva clase obrera que estaba surgiendo si acaso quería salvarse y no desaparecer. La “huelgona” minera asturiana iba a comenzar en un mes y la ASE mostraría una magnífica incapacidad para influir en la misma.

Cuando Amat salió de la cárcel y volvió a perder el congreso de 1961 las tensiones con Llopis y el exilio tolosano se dispararon, aunque sin llegar a fracturarse la organización. En ese sentido, fue siempre un hombre de partido, leal a la dirección de este, capaz de cuestionar sus decisiones, pero nunca de desobedecerlas o de desautorizar a la Ejecutiva, como le invitaron a hacer sus entornos. Al fin y al cabo, él había sido dirigente y sabía lo importante que eran –más en la clandestinidad- la disciplina y el respeto a las decisiones tomadas y a las personas encargadas de gestionar estas. La estrategia del exterior siguió insistiendo infructuosamente en acuerdos y declaraciones con todo tipo de grupos, excepción hecha de los comunistas. En el terreno laboral pasó otro tanto con su apartamiento futuro de las nacientes comisiones obreras y su rechazo al *entrismo* en los organismos sindicales del régimen. La UGT discutió el tema en 1961, pero acordó rechazarlo de plano. En el VIII congreso de 1962 el delegado por Frankfurt, Manuel Fernández-Montesinos, un antiguo afiliado a la ASU que realizaba la tesis doctoral allí y trabajaba para la IGM alemana (el potente sindicato metalúrgico), espetó a la dirección: “A Franco le echarán las huelgas, las manifestaciones en la calle, las protestas masivas, y no Gil-Robles o Ridruejo mediante su política de salón o de tertulia”. Era la tesis de Amat, pero Montesinos y otros fueron más lejos.

En realidad, esta iniciativa para puentear al Exilio venía de más atrás. En abril de 1958 el miembro de la ASU, Sánchez-Mazas, intentó que la ayuda de la Federación Internacional de Obreros del Metal –controlada por sectores izquierdistas- llegase a los huelguistas del momento sin pasar por Bruselas (sede de la CIOSL), Toulouse y la UGT. En 1962 fueron Francisco Bustelo y Montesinos, con Carvajal, quienes volvieron a intentar un desvío de la solidaridad al margen de una sindical socialista española inane. En junio, Vitoria se estableció como sede de una Federación sindical Norte para relacionarse directamente con esos importantes grupos del exterior; por el Centro estaban Arrillaga, Carvajal y Villar, en Andalucía estaba Román, la antigua “mano derecha” de Amat, y en Alicante estaba Amutio. Hubiera sido decisivo el apoyo de Amat, pero este rechazó la maniobra fraccional y respaldó la continuidad orgánica que ahora representaba Ramón Rubial, leal por completo a Llopis. Todavía en octubre intentaron una operación más ambiciosa: crear una Alianza Sindical Obrera de carácter unitario e independiente de partidos que reemplazara a unas inactivas UGT, CNT y STV, y que pudiera transitar al margen de los comunistas (enseguida implicados decididamente en hacer de las comisiones obreras otra alternativa más eficaz). La ASO se planteaba incluso participar en las elecciones sindicales y la relación de Arrillaga con el ministro José Solís ya estaba engrasada: esta había intentado a través suyo liberar a Amat de la cárcel. Nada menos que la IGM y la Fundación Ebert del Partido

Socialdemócrata Alemán (SPD) podían respaldar la operación, pero el prestigio de Amat ante los socialistas del exterior no se dispuso para sostenerla, ni él se prestó a encabezarla, como le propusieron Villar, Arrillaga, Montesinos y Francisco Bustelo (entonces fuera del PSOE). Los comentarios que le hace a la Rossanda son clara muestra de que no contemplaba ese movimiento de ruptura, aunque tampoco expresaba una opción alternativa al decaimiento de las organizaciones socialistas de entonces. Por otra parte, era reacio a las maniobras de un sindicalismo muy instalado en el sistema como el alemán y no se veía como dirigente. Solo Llopis se lo imaginaba como “el jefe del Partido y de la Unión en el interior”, y haría todo lo posible para que no fuera así. En diciembre de 1962, en una reunión celebrada en el interior, Villar y los catalanes del MSC presionaron para instalar una dirección en España: Amat y Román se opusieron, y no prosperó. Todavía a comienzos de 1964, Villar, Bienvenido Gómez Pérez y Orad de la Torre escriben a la CIOSL para que apoye una ejecutiva de la UGT dentro de España. Llopis les amenazó con algo más que la expulsión al publicar sus nombres en la denuncia que les hizo. En 1966 Villar Massó fue expulsado del partido por asistir a un banquete homenaje a Don Juan de Borbón (con Boyer y Carvajal), y por aceptar la invitación del PCE para acudir a un congreso en Yugoslavia representando a la Agrupación Socialista Madrileña del PSOE. Así de complejo era el juego de alianzas de entonces. En 1967 la propia CIOSL confirmó sobre el terreno que la ASO era cadáver, pero advirtió en paralelo a la UGT de que no lo tomara como victoria porque no tenía la exclusiva de representación si no se mostraba activa. Efectivamente, como señalan los hermanos Martínez Cobo, a continuación se dio entrada en la Internacional sindical a la Unión Sindical Obrera, USO.

Que Amat no podía ni quería ser el líder alternativo que buscaban algunos frente a Llopis lo explica muy bien su antigua amiga Josefina Arrillaga, recordando 1961, cuando se instaló en su casa de Madrid al salir de prisión:

“Venían todos con gran expectación a conocer al líder, aunque algunos ya le conocían, y pienso que no respondió a esa expectación. No le culpo a él de eso, porque creo que era más nuestra fantasía, el afán de combatir al exilio, que nos hizo ver en Antonio a alguien que encarnase todos nuestros deseos. Los del Labour Party, que tanto ayudaron a su libertad, estaban dispuestos incluso a que Antonio fuese el secretario general del partido. Pero Antonio Amat ni estaba interesado en ello ni lo había estado nunca; él era un activista que nunca pensó en dirigir nada”.

El poder de Llopis, después de años de zozobra interna a comienzos de la década, se consolidó sobre la base de mantener la disciplina, disuadir o separar a sus opositores del interior para desactivar sus iniciativas, reforzar su relación única con organismos internacionales (CIOSL, la Internacional Socialista) y retener el apoyo decidido (Juan García, Juan Gómez Egidio, Emilio Agüero y, sobre todo, Rubial) o resignado (Amat, Román, en su momento Martín-Santos) de los veteranos o de los miembros más activos del socialismo español. Todo ello sustentaba una estrategia inútil de acuerdos con organismos republicanos y disidentes del franquismo, siempre con los comunistas fuera, cada vez más ajena a la realidad del país y a sus posibilidades de intervención en ella. El congreso de 1964 apostó por una solución pacífica y nacional (no de clases), sin “nada con el comunismo” o con otras fuerzas más allá de este, ya que todas ellas estaban, como decía Llopis, “no a nuestra izquierda, están en el Este”. A pesar de todo, ahí empezaron a esbozarse las formulaciones radicales que iban haciendo suyas los sectores más jóvenes del exilio, influidos por el cambio cultural que se venía produciendo en ese instante. El documento del interior era expresión patente de ello, pero fracasó y quedó en minoría otra vez. El cambio progresivo lo vio bien el asturiano Barreiro, un veterano abierto al final a las novedades, que, en vísperas del X Congreso de 1967, escribía a un correligionario:

“Si no rejuvenecemos la dirección en este Congreso, será un Congreso fallido. A nuevos tiempos, gente nueva. Si no aplicamos esta medicina, corremos el riesgo de perder el tiempo, perder la juventud y no comprender completamente la hora presente. No es hora de viejos, ni cardíacos, asmáticos y reumáticos, sino de militantes vigorosos. ¿Lo comprenderá así el Congreso?”

No lo hizo. Hubo que esperar todavía más. En términos generales, cuanto más controlaba Toulouse –y más se resignaba Amat–, más anquilosado estaba el partido. Era una paz interna de camposanto, ciertamente, que por necesidad tenía que estallar, tarde o temprano, si el socialismo quería seguir representando algo.

Siguiendo la secuencia de esa renovación y posterior ruptura con el Exilio que señala el historiador Richard Gillespie, tenemos una primera fase en las Juventudes Socialistas, cuando en su IV Congreso de marzo de 1970 decidieron instalar en España su Ejecutiva, en contra de los deseos de Llopis; una segunda en la UGT, en su XI Congreso (en el exilio) de agosto de 1971, que hizo otro tanto con la dirección, trasladada al interior con el respaldo decisivo de Asturias y de Vizcaya, pero

también de muchos veteranos del exterior, como José Barreiro, Antonio García Duarte, Arsenio Jimeno y Paulino Barrabés, o finalmente Juan Iglesias; y una tercera y definitiva en el PSOE desde su undécimo congreso de agosto de 1970, donde también se abogó por la “interiorización” demandada desde hacía años por Amat y respaldada ahora por las tres federaciones provinciales vascas y la asturiana, madrileña y barcelonesa. El 1 de noviembre se reunió el Comité de Coordinación para elegir entre los miembros del interior una nueva Comisión Permanente (la parte de la Ejecutiva que designaban estos). Lo presidió Antonio Amat, en el que fue su último acto orgánico importante, y allí se resolvió incrementar de siete a nueve el número de miembros, de manera que así sumaban más que los elegidos por el Exilio (incluso de estos, dos de ellos, Iglesias y Julio Fernández, manifestaron su apoyo a los renovadores). Otra decisión de importancia fue ajustar el peso de la representación, de manera que la potente “periferia” (Vizcaya, Asturias y algunas provincias) desplazó definitivamente la posición de ventaja asignada antes a Madrid, más justificada por lo cualitativo de su función que por su afiliación real. En todo caso, la relación interior-exterior y la relación provincias-centro quedaban fijadas para el inmediato y decisivo futuro. A ello hay que añadir el siempre determinante factor de la relación con los comunistas. Los renovadores, siguiendo de nuevo la posición histórica de Amat, asumían que estos estaban ahí y que no tenían otra que tratar con ellos, mientras el Exilio se mantenía en la tesis de ignorarlos. Esta cuestión fue esencial en la escisión producida en el PSOE en agosto de 1972, cuando los renovadores forzaron la celebración del XII congreso en el exilio, impugnado por Llopis y los suyos. El congreso lo presidió Juan Iglesias y lo bendijo con su presencia Rubial, quien, como señaló Jimeno, “no es uno de esos jóvenes ambiciosos que se quieren apoderar del Partido para entregarlo no sabemos a quién”, en referencia a la reiterada admonición de Toulouse desde hacía dos décadas para evitar cualquier cambio. Llopis siguió impertérrito en su oficina... situada en la planta superior del salón donde se celebraba el congreso. La escisión entre “históricos” y “renovados” se había consumado. La renovación se demostraba como un proceso, no como un fenómeno, un acontecimiento singular. Meses después, en octubre de 1974, el nuevo congreso de Suresnes marcó el punto de inflexión definitivo y cambió el rumbo del socialismo español.

7.- RADICAL EN UN PARTIDO DE GOBIERNO

La Rossanda describió a Amat como “un hombre gordo, con las manos oscuras de quien trabaja con máquinas, un jersey descuidado sobre unos pantalones descuidados, el estilo del obrero...”. Sin embargo, antes de entrar en la cárcel, el catalán Reventós decía de él que “era en aquel entonces un hombre que mantenía toda la fortaleza física de su condición de vasco”. Su rostro, “de vasco tallado a hachazos”, escribía Múgica, se había deformado. Sobre el ánimo del personaje tras salir de prisión, en sus últimos casi veinte años, se ha especulado mucho, tanto como de sus andanzas, si cabe más increíbles que las que protagonizó siendo “Guridi”. Se ha escrito que volvió a París, todavía en 1961, para entrevistarse con el comunista Santiago Carrillo. También que estuvo en Cuba, invitado por Castro y su Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, vía Praga, en 1962. El comunista Enrique Lister cuenta que en la primavera de 1961 trató con Fidel Castro de la posibilidad de un canje de cuatro sacerdotes españoles por sus correligionarios Simón Sánchez Montero y Marcos Ana, el dirigente del FLP José Luis Cerón y Antonio Amat (que justo por esos días salía de prisión). A Bayona pasó, ciertamente, a finales de 1961, para reunirse por última vez con Llopis y Pascual Tomás en La Nautique. En todo caso, sus desplazamientos por el país, a localidades de Vizcaya o a Madrid, sí que están confirmados; lo de sus salidas al exterior resulta más difícil de creer.

Amat, aunque, como se ha visto, participó activamente durante los sesenta en la vida interna del partido, progresivamente fue mostrando una distancia con este, fruto tanto de sus reiteradas derrotas y desaires como de su propio estado personal. Respecto de esto segundo, la cárcel había hecho mella en él, enseguida fallecieron algunos de sus más íntimos, como Martín-Santos, antes la mujer de este (Rocío Laffon), después su propia madre, en 1967, y ese mismo año sufrió un accidente doméstico –se cayó por unas escaleras– que le dejó ya para siempre una cojera. El consumo de alcohol, que ya le habían reprochado sus superiores militares siendo joven, durante la guerra y al final de esta, y que había alimentado durante años en sus recorridos nocturnos con la cuadrilla, ahora se iba convirtiendo en un problema. “Su otrora envergadura física se había reducido por su enfermedad en bastantes centímetros”. Al final fue esto, un cáncer “con el diagnóstico irreversible”, según confesó en su carta de despedida, lo que rubricó un largo decaimiento del alma.

Seguía las evoluciones del partido, pero sin interesarse vivamente por ello, como sí hiciera antaño, volcándose ahora en lo más íntimo y particular de sus amigos y cercanos. Al comenzar los años setenta enlazó con una nueva generación de

jóvenes socialistas en Vitoria. Su activismo político y su radicalismo ideológico siempre le hicieron sintonizar bien con esas nuevas generaciones antifranquistas, como se vio con los universitarios de la ASU. Ahora volvían a ser de este tenor. En 1970 reconstruyó su comité provincial con los veteranos, pero enseguida se incorporaron jóvenes procedentes de las universidades laborales, como Pedro Viana, Cristina Valverde y José Manuel “Txema” Nogales, junto con un núcleo realmente numeroso, convencido y activista, que se fue añadiendo a estos (Inés Dueñas, los hermanos Val del Olmo, las hermanas Nogales, Araceli Roa, el exhoacista Emilio Alonso, Emilio Villarreal “Pelos”, Milagros San Martín, Jesús Díaz de Durana, Javier “Mikel” Septién, Ricardo Sansegundo “Guaje”, Isidoro Merino “Pilas”, Juan Antonio Martínez de Butrón, Josemi Suescun, José Ángel Lecuona...). Lo acredita, por ejemplo, su participación en la huelga de Michelin de 1972, donde fueron encarcelados algunos de ellos por trasladar dinero solidario de organismos sindicales internacionales. En septiembre de ese año Amat presidía aquel comité provincial, nutrido de jóvenes deseosos de libertad, más influidos por referencias como Rosa Luxemburg que por la propia tradición del partido y sus hombres. Vitoria, que ya era con Amat desde su salida de prisión “la capital del antifranquismo”, se convirtió también en plaza fuerte de los renovadores y luego de los izquierdistas dentro del PSOE. Entre los primeros, Viana “Gora” era uno de los referentes de las Juventudes Socialista a nivel de todo el país, y en Vitoria se tiró *Renovación* –órgano de las Juventudes que él dirigió– y luego el *Nuevo Claridad* como boletín local de difusión nacional, lo que expresaba la fuerza que tenía ya el sector más extremista del partido, en este caso directamente influido por la tendencia trotskista “Militant”. En el famoso XXVIII congreso del PSOE, en 1979, fue Vitoria –Arturo Val del Olmo, en concreto– la federación que defendió ante el pleno la moción asturiana en favor del carácter marxista del partido. Esta deriva condujo a la sucesiva disolución de las tres estructuras socialistas, dando lugar a una prolongada crisis que no se resolvió hasta comienzos de los años ochenta en beneficio de los oficialistas. Ejerciendo una autoridad puntual sobre esta nueva base socialista, pero amarrado personalmente a sus viejos compañeros de siempre, Amat fue consumiendo sus últimos años mientras se radicalizaba en su juicio sobre la situación política del país.

La apelación a la violencia como manera de acabar con el franquismo –o al menos su legitimación– sería también una muestra de ese radicalismo, pero en este punto su origen es lejano en el tiempo. Amat fue detenido y encarcelado ya en 1945 por tratar de incorporarse a la acción armada con la Resistencia francesa, y se le ocupó su pistola reglamentaria. En cuanto empezó a reorganizar el partido ya solicitó, en 1954, armas para defenderse y para preparar acciones. La alianza con

los monárquicos, si fracasaba, conllevaría el paso a la acción violenta, escribía en 1957. El recurso a las armas (los famosos “antibióticos”) estuvo en boca de Amat permanentemente, aunque nada práctico salió de ahí. En una fecha indeterminada, pero posiblemente después de abandonar la cárcel en 1961, cuenta Rubial que se reunió con él, con Nicolás Redondo Blanco y con Martín-Santos, en Archanda (Bilbao), para preparar un atentado contra Franco. Se preguntaron inmediatamente lo mismo que Llopis cuando se lo planteó el vitoriano en un congreso: “¿contábamos con la organización suficiente para garantizar o neutralizar las reacciones del ejército y de las bandas de pistoleros falangistas?”. Los cuatro consideraron entonces la idea descabellada y la aparcaron. Por esas mismas fechas, el mismísimo Indalecio Prieto, invierno de 1961-62 (a poco de su fallecimiento), manejó con su leal Lezo de Urreiztieta y el minero asturiano José Castro Mayobre la posibilidad de excavar un túnel bajo el palacio de Ayete, en San Sebastián, y acabar con el dictador. Tampoco prosperó. La invocación a la violencia, en el caso de los socialistas, se quedó siempre en eso, incluido Amat. A diferencia de otras tradiciones políticas, como los anarquistas, la suya no pasaba por ahí, a pesar de la guerra civil o de instantes concretos como octubre de 1934; además, la lógica del exilio había reforzado esa tendencia. Siempre, como apunta Gillespie, estuvieron “más con los perseguidos que con los combatientes; veneraban al mártir, no al vengador”.

El final político de Amat fue uno más de los posibles entre aquella generación de “hombres sin nombre” que sobrevivió y construyó durante el incierto decenio de 1955 a 1965. Cuando llegó la escisión de 1972 fueron cayendo del lado “renovador” o “histórico”, a veces con más motivo personal o de amistad que político. Amat, sin embargo, fue de los inadaptados a la nueva realidad de la Transición y, claramente, de la democracia conforme esta fue asentándose. Su activismo anterior, aunque le había obligado a ser pragmático mientras estuvo al frente de la reconstrucción del partido, no se lo permitía ahora que era un personaje secundario. Su crítica al estado de cosas se hizo constante, acercándole incluso a sectores políticos con los que no había tenido más allá que una relación



Con Ramón Rubial y su mujer, y otros amigos de Vitoria, en agosto de 1965 (Jáuregui y Menéndez, El hombre que pudo ser FG)

ocasional y que ahora cobraban progresiva presencia: de la extrema izquierda del Movimiento Comunista a la izquierda *abertzale*. Cuando murió, esta trató de incorporarle a su panteón, coronado por el lema “los gudaris de ayer y de hoy”, poniéndole a la par de Pablo Iglesias y Tomás Meabe, pero también de José Antonio Aguirre y “Argala”. Así figuraba en un largo artículo publicado en el semanario de ese grupo (*Punto y Hora de Euskal Herria*) en 1980. Era solo uno más de los intentos de vampirización de la izquierda que estaba ensayando ya el brazo sociopolítico de ETA. Amat, como mucho, se había incorporado a celebraciones típicamente nacionalistas, como aquel Aberri Eguna que se convocó y no se celebró en Vergara en 1965, pero como otra expresión más de su antifranquismo, como hacía el Primero de Mayo o el 14 de abril. Nunca dejaba de añadir un “gorria” (rojo) a los gritos de Gora Euskadi que escuchaba en esas y otras celebraciones.

Mientras había tenido que trasegar con diferentes opciones, había sido práctico; ahora que no mandaba, se volcó hacia ese radicalismo. Vituperaba de entidades socialdemócratas como la CIOSL, los sindicatos alemanes o los laboristas británicos, pero la primera pagaba en parte su salario como liberado desde 1957, las ayudas a su madre mientras estuvo en prisión o la solidaridad con los huelguistas de su ciudad, como aquellos citados de Michelin o incluso después en la gran huelga que desemboca en marzo del 76. Sin embargo, la tensión continua con Toulouse le empujó a desdeñar una templanza política que interpretaba como nefasta. Así se hizo revolucionario, anticapitalista, antiamericano y antiatlantista, defensor de una democracia instrumental, republicano sin ambages, crítico de ese Estado social de derecho que tanto defendían los del Exilio, y también de esa Europa que iba a salvar a los antifranquistas españoles.

Pero, además, esa pulsión personal, de alguien que va perdiendo presencia en el panorama político nacional, enlazó con el izquierdismo y radicalismo de la nueva generación de opositores a la dictadura, aquellos jóvenes que el PSOE no pudo incorporar a su seno por la ceguera estratégica de Llopi y los suyos en el cambio de decenio de los cincuenta a los sesenta, y de la segunda del exilio, que empezaron a negar la lógica de sus padres al calor de la cultura del 68 parisino. Esa nueva generación de radicales, de la que los jóvenes vitorianos ahora incorporados al socialismo eran una muestra más, llevó hacia la izquierda más extrema el discurso de las tres organizaciones (las Juventudes, la Unión General y el Partido). Fue un proceso natural, del tiempo, una consecuencia española de la crisis cultural internacional de 1968, que aquí servía para recuperar posiciones frente a un PCE e incluso frente a grupos de la extrema izquierda más boyantes. Sin embargo, esa radicalización conoció desde finales de los setenta un proceso de reversión, preparando al partido para acabar gobernando

un país; se recuperaba así la esencia “pablista” de invocar un precepto finalista revolucionario y desarrollar una política de reformas sucesivas. Lo ocurrido en el XXVIII congreso era un peldaño de esa escalera; Amat se negó a contemplarlo así, igual que no aceptó nunca un compromiso con una derecha reformista procedente del mismo franquismo, icon lo que él había trasegado con la “civilizada” y más o menos antifranquista de democristianos, católicos, monárquicos o falangistas desencantados! De acuerdo con Juan Andrade, la joven dirección del PSOE de Suresnes acabó rebelándose y rectificando el radicalismo retórico que ella misma había promovido años atrás para diferenciarse de la dirección del exilio y para propiciar que el partido en España fuera una alternativa atractiva para el antifranquismo que se había desarrollado y que solo fue capaz de amparar cuando desplazó a Toulouse. En ese movimiento, algunos como Amat, que se afirmaron en contra de Llopis al margen de las lógicas de la Guerra Fría y leyendo con rigor lo que estaba pasando dentro del país –sobre todo sus cambios y sus posibilidades de acelerar el final de la dictadura-, no se reconocieron en los requiebros de quienes estaban desplazando a “los viejos”.

El desencanto se llevó por delante también a Amat, como luego pasó con otros en los años ochenta; pasó con quienes confundieron recuperación de la democracia con conquistas finales, ya fueran estas el socialismo o la República. Renunció con convicción a propuestas de sus cercanos para ocupar un puesto en la nueva política democrática; en el Consejo General Vasco de sus amigos Rubial e Iglesias, o incluso en el Senado, como se dice que le propuso Alfonso Guerra o su ahijado José Antonio Aguiriano, aquel hombre que envió a trabajar a la CIOSL como representante de la UGT poco antes de la caída del 58.

En los últimos días de diciembre de 1979 se fue despidiendo de manera ordenada de sus amigos. Primero de algunos de los más íntimos vitorianos. Luego fue a Madrid y cenó en casa de Antonio Díez Yagüe, un republicano de Nueva Generación Ibérica al que incorporó al PSOE cuando coincidieron en Carabanchel en 1959 y que ahora, como él, se mantenía escéptico ante lo que se iba produciendo en la vida social y política del país. Se dijeron adiós cerca del café Gijón. De ahí viajó a Barcelona. Allí, la noche del 19, tomó el barco “Ciudad de Badajoz” que unía la ciudad condal con Mallorca. En su trayecto se arrojó al mar. Dejó una nota de despedida y cumplió con otra de sus promesas: *“Cuando muera, no encontraréis mi cuerpo”*.



*Ya mayor, en sus últimos años
(Fundación Pablo Iglesias)*

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, Juan (2019): “El pensamiento socialista en el exilio (1939-1976). Un análisis de la producción intelectual en el PSOE a la luz de los conflictos políticos y culturales del largo ciclo de postguerra”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 185, págs. 105-137.

Avinareta, Luis (pseudónimo de Luis M. Rama Uribe) (2018): *Una ciudad ‘Vitoria’. Un lugar ‘Las Dos Hermanas’. Un personaje ‘Antonio Amat’*. Almería: Círculo Rojo.

Barruso, Pedro (2024): “Los viajes de Luis Martín-Santos. El compromiso político de un intelectual (1924-1964)”, texto inédito.

Carvajal, José Federico (2010): *El conspirador galante: memorias de un “socialista de otro planeta”, en primera línea del activismo clandestino contra Franco*. Barcelona: Planeta.

Del Águila, Juan José (s. f.): “La represión judicial contra los socialistas en la década de los cincuenta. (Segunda parte)”, *Justicia y Dictadura*, disponible en <https://justiciaydictadura.com/la-represion-judicial-contra-los-socialistas-en-la-decada-de-los-cincuenta-segunda-parte/>

De la Fuente Ruiz, Juan José (2017): *La “invención” del socialismo. Radicalismo y renovación en el PSOE durante la dictadura y la transición a la democracia (1956-1982)*. Gijón: Trea.

Díaz Nosti, Bernardo (coord.) (1986): *Ramón Rubial un compromiso con el socialismo, 1906-1986*. Madrid: PSOE.

Elorza, Antonio y Ralle, Michel (1989): *La formación del PSOE*. Barcelona: Crítica.

Fernández-Montesinos, Manuel (2008): *Lo que en nosotros vive: memorias*. Barcelona: Tusquets.

Gillespie, Richard (1991): *Historia del Partido Socialista Obrero Español*. Madrid: Alianza.

Gómez Bravo, Gutmaro (2021): *Hombres sin nombre: la reconstrucción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)*. Madrid: Cátedra.

Gorrotxategi, Pedro: "Luis Martín-Santos", *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*, disponible en <https://dbe.rah.es/biografias/11819/luis-martin-santos>

Jáuregui, Fernando (1999): *La cuarta carpeta. Novela collage-reportaje para un fin de milenio. El hombre que pudo ser, pero no fue*. Madrid: Foca.

Jáuregui, Fernando y Menéndez, Manuel Ángel (1994): *El hombre que pudo ser FG. Pasión y muerte de Antonio Amat 'Guridi' y otros 'malditos' del PSOE*. Madrid: Temas de Hoy.

Juliá, Santos (1996): *Los socialistas en la política española (1879-1982)*. Madrid: Taurus.

Lázaro, José (2009): *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*. Barcelona: Tusquets.

Martín Nájera, Aurelio (1991): *Fuentes para la historia del Partido Socialista Obrero Español y de las Juventudes Socialistas de España, 1879-1990*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias (2 vols.).

Martínez Cobo, Carlos y José (1981): *Los congresos del PSOE en el exilio*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias (2 vols.).

Martínez Cobo, Carlos y José (1995): *La travesía del desierto III (1954-1970)*. Madrid: Pablo Iglesias.

Martínez Mendiluce, José Antonio y Luis (1978): *Historia de la resistencia antifranquista en Álava (1939-1967)*. San Sebastián: Txertoa.

Mateos, Abdón (1993): *El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

Mateos, Abdón (2008): *Historia de la UGT. Vol. 5: Contra la dictadura franquista, 1939-1975*. Madrid: Siglo XXI, pp. 235-237.

Mateos, Abdón (2015): "Antonio Amat. Un activista y conspirador socialista", en *Anatomía de la historia* (<http://anatomia-delahistoria.com/2015/09/antonio-amat-un-activista-y-conspirador-socialista/>).

Mateos, Abdón (2018): "La refundación de la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) durante la transición, 1977-1986", en *CIAN-Revista de Historia de las Universidades*, nº 21/2, págs. 193-211.

Menéndez, Manuel Ángel (2017): *Los archivos secretos del PSOE en el exilio*. Madrid: El Ángel.

Peciña, Mikel (1995): "Antonio Amat Guridi (1919-1979), un mito socialista olvidado", en *Historia Contemporánea*, nº 12, págs. 384-391.

Peciña, Mikel, "Antonio Amat", en *Enciclopedia Auñamendi*, disponible en <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/eu/amat-maiz-antonio/ar-18770/>

Ramírez, Luis (pseudónimo de Luciano Rincón) (1964): *Nuestros primeros 25 años*. París: Ruedo Ibérico.

Rivera, Antonio (2008): *La utopía futura. Las izquierdas en Álava*. Vitoria: Ikusager.

Rivera, Antonio (2009): "Amoldados, disidentes y opositores. Antifranquistas en territorio leal", en A. Rivera (ed.), *Dictadura y desarrollismo. El franquismo en Álava*. Vitoria: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, págs. 291-358.

Rivera, Antonio, "Antonio Amat Maíz", *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*, disponible en <https://dbe.rah.es/biografias/135916/antonio-amat-maiz>

Rivera, Antonio y De Pablo, Santiago (2014): *Profetas del pasado. Las derechas en Álava*. Vitoria: Ikusager.

Rossanda, Rossana (1984): *Un viaje inútil o de la política como educación sentimental*. Barcelona: Laia.

Val del Olmo, Arturo (2004): *3 de marzo: una lucha inacabada*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Vargas, Bruno (1999): *Rodolfo Llopis (1895-1983): una biografía política*. Barcelona: Planeta.

VV. AA., “Antonio Amat”, en Fundación Pablo Iglesias, disponible en http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/1509_amat-maiz-antonio-maria-sebastian

Vilar, Sergio (1984): *Historia del antifranquismo (1939-1975)*. Barcelona: Plaza & Janés.

Memoriaren,
izikidetzaren eta
Giza Eskubideen
Institutua

gogora

Instituto de la Memoria,
la Convivencia
y los Derechos Humanos